



NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

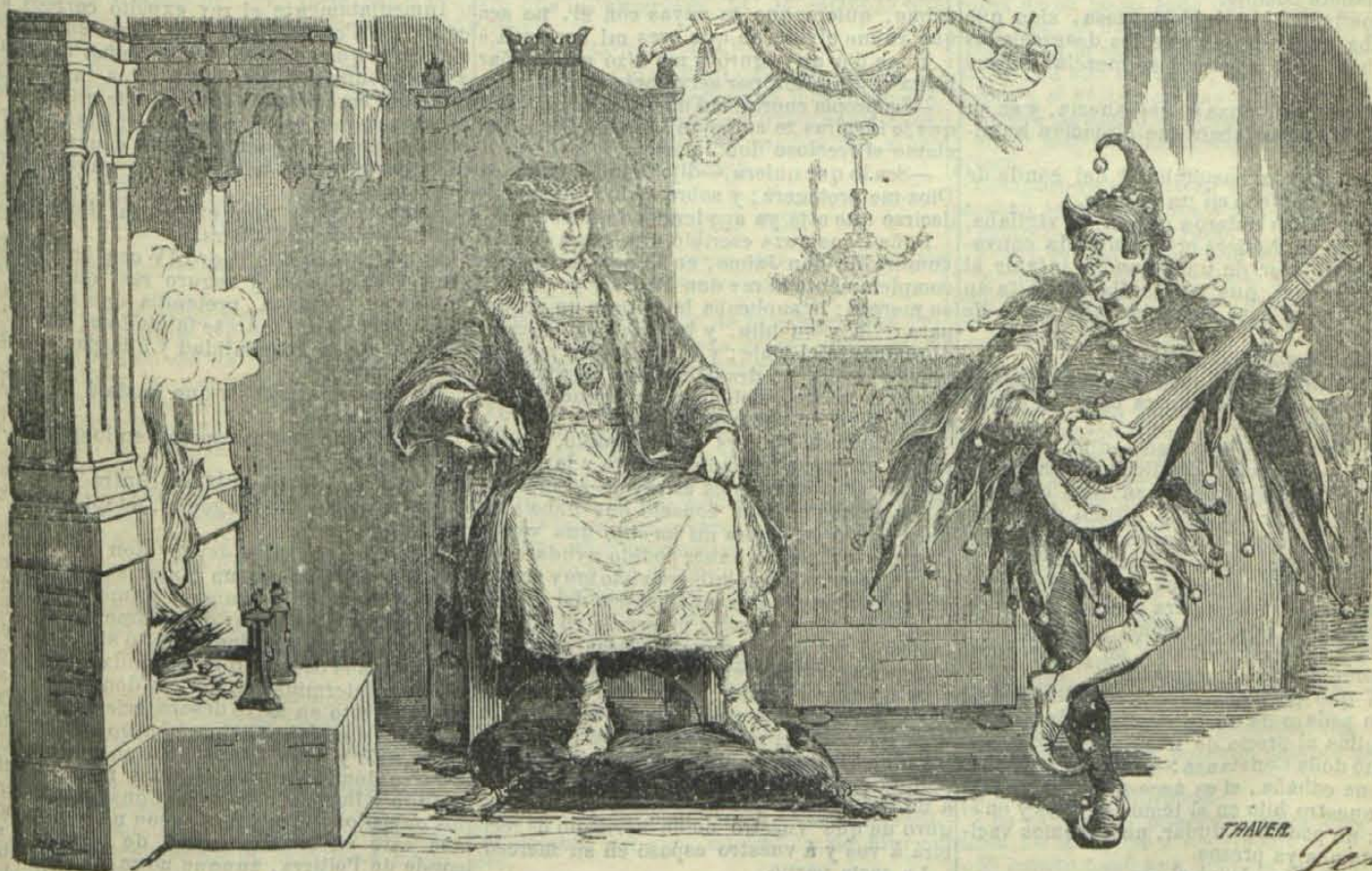
Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encarnación, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA Á DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



El juglar avanzó lentamente danzando, tocando un laud y cantando (pág. 115).

TRAVER.

Jesús Gracia
JESUS GRACIA
MADRID

SUMARIO.

TEXTO.—El Rey del puñal, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez. — La calle de la Montera, por don Antonio de San Martin. — Honor de esposa y corazon de madre, novela por don Ramon Ortega y Frias. — Sección de América. — La luna de miel y la luna de hiel, por don Ramon Ortega y Frias. — Ausencias causan olvido, novela por don Torcuato Tarrago y Mateos. — Naufragio del *Guadaira*. — Historia de la insurrección carlista de 1872, por don Ramon Ortega y Frias. — Causas célebres. — Sección festiva.

GRABADOS.—El Rey del puñal. — La luna de miel. — La luna de hiel. — Causas célebres. — El vapor *Guadaira* en los momentos de revelar sus calderas.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTORICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuación.)

Y sin embargo, en los tiempos de su prosperidad, el rey de Mallorca había ayudado al conde de Poitiers en sus diferencias con su señor feudal el rey de Francia, le había dado hombres y dinero, y había interpuesto su influencia para un arreglo.

Pero la ingratitud no espantaría si no fuese monstruosa.

Don Jaime, que había esperado una eficaz ayuda del conde de Poitiers, en la manera de recibirlo conoció cuánto se había engañado, y bien pronto sintió todo lo humillante de aquella hospitalidad forzada, mezquina, molesta.

Se servía á los ilustres proscritos de la peor manera posible.

El conde no les daba su mesa, sino que les daba una comida, que los desgraciados aceptaban, pero á la cual se mezclaban sus lágrimas.

Su última esperanza se desvanecía, y en su lugar sólo encontraban una situación humillante.

Muy pronto la hospitalidad del conde de Poitiers se convirtió en un peligro.

Los proscritos notaron que se les vigilaba.

El conde de Poitiers creía sin duda conveniente complacer de una manera infame al rey de Aragón, que no perdía de vista su presa, aunque ésta se encontraba fuera de sus Estados.

Don Jaime sintió al fin miedo.

Se encontraba poco menos que prisionero.

Entonces doña Constanza tuvo un arran que sublime.

—Iré á ver á mi hermano,—dijo.

—¿Tú!—exclamó el desdichado don Jaime.

—Sí,—dijo doña Constanza,—mi hermano no puede llegar hasta lo último de la infamia; mi hermano no puede volverse contra su propia sangre; tú no puedes atreverte á ir delante de él; los vínculos que te unen conmigo no son bastantes para contenerle; arrojaría contra ti una acusación de traición y tomaría tu cabeza; conmigo no puede hacer lo mismo; yo soy su hermana.

—¿Y que podemos esperar de don Pedro?

—Un pedazo de tierra donde vivir y morir tranquilos al precio de nuestra sumisión,—exclamó doña Constanza;—un pedazo de tierra y una cabaña, si es necesario, para criar allí á nuestro hijo en el temor de Dios y en el honor; no podemos dudar, no podemos vacilar; estamos ya presos.

—¿Presos!—exclamó el rey.

—Sí, ese miserable conde de Poitiers nos vende; yo no vivo, yo no duermo, yo no re-

poso; yo vigilo siempre, yo lo observo todo; hace algunas noches he notado que después del toque de cubrefuego, en la galería que está debajo de esta cámara se ponen guardas; que al pie de la torre, á la otra parte del foso, hay guardas también; yo no te he dicho nada por no adigirte, por no asustarte; pero anoche se han redoblado esos guardas; estamos presos.

—Sin embargo, se nos deja salir.

—De día, pero observa; siempre á alguna distancia nos sigue alguien; ¡ah! no, no se puede esperar más; tal vez mañana se cerrará esa puerta, se correrán sus cerrojos, se convertirá esta cámara en un calabozo; es necesario adelantarnos; es necesario que mi hermano vea que al someternos á él no lo hacemos por terror viéndonos presos, sino que nuestra sumisión es voluntaria; su soberbia se sentirá halagada y se alegrará de que se libre de dar al mundo el escándalo de prision á sus hermanos, valiéndose de la traición de un hombre que desconoce los fueros de la hospitalidad y el respeto á la desgracia; voy á escribir á mi hermano, á mostrar al conde de Poitiers mi carta, y á rogarle que se la envíe.

—¿Y qué escribirás?—preguntó cuidadoso don Jaime.

—Le pediré un seguro para mí, para nuestro hijo, y los medios de ir á encontrarle de una manera decorosa digna de él, porque yo soy al fin su hermana.

—Pues él no te considerará como tal.

—¡Oh! no,—exclamó doña Constanza, cuyas mejillas se tñeron de un vivo color;—no le supongamos tan infame; tal vez la sospecha de esa infamia ha determinado tu conducta. Yo me quede sola en Zaragoza cuando partiste para buscar de nuevo la suerte de la guerra, y se mostró conmigo amante, respetuoso; acuerdate; el mismo me dijo: «Tu esposo se olvida de que yo te tengo en rehenes; confía demasiado en que tú eres mi hermana; pero yo no quiero hacer rehenes de ti; sin embargo, como no sé hasta que punto pueda llevarme la tenacidad de don Jaime, quiero que te vayas con él, no sea que yo me olvide de que eres mi hermana».

Y me dió un seguro y me hizo acompañar hasta el Rosellon por servidores suyos.

—La propia enormidad de los pensamientos que le inspiras te engañan, Constanza,—exclamó el receloso don Jaime.

—Sea lo que quiera,—dijo la noble joven,—Dios me protegerá; y sobre todo, ¿no puede decirse que está ya apoderado de nosotros?

Doña Constanza escribió una larga carta á nombre de don Jaime, en la que se sometía completamente al rey don Pedro y se ponía á su merced; le suplicaba le enviase un seguro para ella y su hijo, y los medios de hacer dignamente el viaje; y le aseguraba que su marido y ella no deseaban otra cosa que un modesto retiro, debido á su generosidad, donde vivir en paz con su hijo.

El conde de Poitiers se sorprendió cuando doña Constanza le leyó esta carta y le suplicó la enviase cuanto antes al rey de Aragón.

—Apruebo el buen consejo que habeis tenido,—la dijo;—para mí ha sido una verdadera desventura no haber podido ayudaros, y muy á pesar mío me hubiera visto muy pronto obligado á suplicaros me libraseis del peligro en que me tiene vuestra presencia en mis Estados; el rey de Aragón no desea otra cosa que pretextos para ensanchar sus dominios, y yo no puedo luchar con él; mi señor feudal el rey de Francia no me ayudaría, porque le causa miedo el rey de Aragón; os doy, pues, las gracias por el partido que habeis tomado, porque libertando á vosotros me libertáis á mí de hacer lo que no quiero; yo estoy seguro de que vuestro noble hermano os recibirá á vos y á vuestro esposo en su merced.

La carta partió.

Desde aquel punto, el conde de Poitiers se mostró más solícito con los proscritos, y és-

tos notaron que ya no se ejercía sobre ellos vigilancia alguna.

A los quince días del envío de la carta de doña Constanza, llegó la respuesta del rey don Pedro, artificiosa é hipócrita como suya.

Se congratulaba de que don Jaime también hubiese entrado en razón, según él decía, y de que conociese que había sido castigado con razón por los malos hechos que había tenido contra el su señor natural; dejaba entrever á los desgraciados la esperanza de un mejoramiento de fortuna, y enviaba un seguro real amplio y bastante para la reina doña Constanza su hermana y para su sobrino el infante don Jaime.

Era muy extraño que don Pedro titulase reina é infante á la esposa y al hijo de aquel mismo rey á quien había tomado todos sus Estados.

¿Significaba esto que don Pedro tuviera el propósito de dar á su cuñado un pequeño dominio con título de rey?

Hé aquí la falaz esperanza que el rey don Pedro había dejado entrever á aquellos sin ventura.

Tan artificiosa era la carta del rey, que don Jaime y doña Constanza se sintieron consolados.

Harto combatidos, harto domeñados ya por la desgracia, era para ellos una felicidad nueva la sola esperanza de poseer un palmo de terreno con título de reyes, aunque bajo el feudo y vasallaje del rey de Aragón.

Aún sintieron un impulso de amor y de agradecimiento hacia el imio que les había robado su patrimonio; de tal manera doma la desgracia.

Doña Constanza partió con su hijo, dejando solo, y esperando la determinación del rey don Pedro, á don Jaime en el castillo de Poitiers.

Apénas llegó doña Constanza, cuando el rey, á pretexto de rebeldía y de traición, haciendo solidaria de ella á su hermana, la prendió y la encerró con su hijo en la torre Nueva de Zaragoza, donde hemos encontrado á aquella desventurada.

Inmediatamente el rey expidió correos al conde de Poitiers, con una carta en que lo suplicaba que, en vista de la buena amistad y correspondencia que entre ellos existía, y teniendo en cuenta lo conveniente que le era mantenerse en aquella buena amistad y correspondencia y la justicia de su causa, prendiese al rey don Jaime y se lo enviase con buen resguardo.

Parecióle esto una exigencia demasiado dura al conde de Poitiers.

No satisfecho don Pedro IV con haber faltado á la palabra y seguro real que había dado á su hermana, pretendía que el conde de Poitiers se deshonrase faltando al sagrado derecho de la hospitalidad y á la par al derecho de gentes.

Hay exigencias tales que hasta á los malvados sublevan.

El conde de Poitiers apreció en lo que valía la del rey de Aragón.

Y aunque no se sublevó contra ella por miedo al poder del aragonés, adoptó un expediente.

Dijo á los enviados del rey don Pedro que le dolía en el alma no poder satisfacer los deseos de su buen amigo y primo el rey de Aragón, porque el rey don Jaime no se encontraba ya en sus dominios, ó si estaba en ellos andaba oculto, que sin duda había previsto la determinación del rey don Pedro y se había puesto en salvo desapareciendo un día.

El rey don Jaime, sin embargo, se encontraba solo y lleno de ansiedad en la desnuda cámara donde durante algunos meses había sufrido y llorado con doña Constanza; pero los enviados del rey de Aragón no podían poner esto en claro y acusar de falsedad al conde de Poitiers, aunque no se les ocultaba que se valía de esos pretextos para salir del mal paso.

Aquella misma noche, el conde de Poitiers en persona fué á buscar al rey de Mallorca; le informó de lo que acontecía, le dió algun dinero, armas y un caballo, y don Jaime salió solo y desesperado de Poitiers.

Atravesó por caminos extraviados el Mediodía de la Francia; pasó el Pirineo por lugares desiertos, y caminando de noche llegó á Zaragoza, y se fué, como sabemos, al convento de San Pablo á ponerse bajo el amparo de su abad.

Lo demás lo hemos referido ya: la sentencia simulada de doña Constanza; el rapto de su cuerpo inerte, dominado por un letargo causado por el narcótico que ella había erido un veneno; la desastrosa aventura en que el rey don Jaime había caído mal herido al río; su salvación por el buen Gome-Gomis; la llegada á Zaragoza de la reina viuda doña Leonor de Castilla con su hijo el infante don Fernando, su protegida la infanta Maria Ben-Ismail y el leal Ferran Ferrandez; su reunion en la hospedería de los peregrinos de Santiago Apóstol con el rey de Mallorca, con Gome-Gomis y su hija Maria; la salida de la hostería de éstos; la llegada tardía del rey don Pedro, avisado por una traición, y la muerte del espion que el hostelero había enviado detras de los peregrinos sospechosos.

Dejamos al rey atravesando las cámaras del alcázar de la Aljafería, acompañando sólo de don Pedro de Egerica, que le abarcaba en una mirada de odio que el rey no podía ver.

Don Pedro de Egerica sabía que doña Constanza estaba secretamente presa en una torre de la Aljafería, en la cual nadie entraba más que el rey.

Don Pedro de Egerica adoraba á doña Constanza.

Aquella desdichada era su sueño, su ambición, su pasión, su todo.

Y don Pedro sabía que el rey había llegado hasta el ultimo limite de la locura por doña Constanza.

Don Pedro de Egerica no se atrevía á ponerse frente á frente del rey; ya lo había intentado una vez, y don Pedro le había escaermentado para siempre.

Contra aquel poder formidable no era posible otra guerra que la traidora y encubierta de la astucia.

Por esto don Pedro había sabido insinuar en el ánimo del rey y apoderarse de él halagando sus pasiones.

Podía decirse que Egerica junto al rey don Pedro era lo que Melstófeles al lado de Fausto.

Un demonio tentador, un espíritu de perdición.

Por esto, y en aquella situación en que don Pedro no podía verle, le devoraba con la siniestra expresión de un odio á muerte don Pedro de Egerica; y como este, por lo mismo que aborrecía á muerte á don Pedro, era cada día más amigo de la reina viuda doña Leonor de Castilla, se agitaban en su pensamiento infames proyectos de venganza.

Don Pedro estaba acechado por el que creía su mayor amigo, y marchaba descuidado delante de él, aunque dominado por una rugiente cólera, á causa de habersele escapado aquellos peregrinos, en los cuales el rey había adivinado á la reina viuda doña Leonor á su hijo; y en aquel fraile de que se le había dado cuenta no había visto otro que don Lotario, prelado de San Pablo.

Podía llamarle, podía interrogarle; pero las políticas imprudentes no podían ser usadas ni lo eran por el astuto y reservado rey don Pedro.

El clero, y particularmente el clero regular, eran poderosos.

Tenían en sus manos las almas y las conciencias, protegidos por un fanatismo ciego. Llamar á don Lotario, preguntarle, compelerle hubiera sido una imprudencia.

Don Lotario hubiera avisado á sus amigos,

que hubieran podido ponerse en salvo de una manera más segura.

Prender, encerrar, incomunicar al abad hubiera sido también un aviso; y ponerse en frente de la opinión pública, y provocarla en medio de la situación era difícilísima para el rey don Pedro, esto hubiera sido provocar de nuevo la guerra civil y la recrudescencia del bando que se llamaba del fuero de la union.

Más adelante diremos lo que este fuero de la union era; pero podemos adelantar que esta fuero había sido uno de los mayores inconvenientes para el rey don Pedro, lo que más le irritaba, lo que más deseaba destruir, y al par lo único que se veía obligado á respetar.

El rey don Pedro, pues, atravesaba cejijunto y sombrío, dominado por la cólera, las ostentosas cámaras de su alcázar de la Aljafería, en que se admiraba un gran lujo.

Cuando llegó á su propia cámara, seguido por don Pedro de Egerica, se volvió á él.

En vez de la expresión de odio encontró en el semblante del soberbio magnate la expresión del cariño, de la amistad, de la protección paternal de un hombre maduro respecto á un joven.

—Mi querido y noble tío,—dijo don Pedro,—hemos dado un paso en falso; yo tengo la seguridad de que una de las damas que llegaron esta noche pasada á la hostería de los peregrinos es mi aborrecida madrastra.

doña Leonor de Castilla, y uno de los caballeros el infante don Fernando mi hermano.

La presencia de ellos en Zaragoza puede producir graves consecuencias. Id, pues, don Pedro, y averigua: donde se sabe mejor que en ninguna parte lo que sucede es en la plaza del Mercado; llama á su preboste, y decide de mi parte que obrará de una manera muy grata.

—Nos averiguando el paradero de doce peregrinos sospechosos, á los que acopañaban los peregrinos que entraron anoche en Zaragoza; que se averigüe asimismo quién es el que ha asesinado al mozo que el dueño de la hospedería había enviado tras los peregrinos para que los observase. Id, id, mi buen don Pedro.

El señor de Egerica salió.

Ahora bien: el preboste del Mercado de Zaragoza como si dijéramos el jefe municipal, é inmediato, era el mismo á quien se llamaba por su influencia sobre los vendedores, el rey del Mercado, Gome-Gomis.

CAPITULO VIII.

En que se ve hasta qué punto puede hacerse terrible para un rey un jugador.

Apénas había salido de la cámara don Pedro de Egerica, cuando el rey silbó de la misma manera que lo hubiera hecho para llamar á un perro.

Oyóse á poco, viniendo de una habitación inmediata, sonoro ruido de cascabeles.

Apareció luego en la puerta un hombrecillo jorobado, vestido de una extraña manera con un traje de mil colores guarnecido todo de cascabeles; una caperuza alta, cascabelada también; unos borciguies rojos de punta retorcida, en cuyo extremo había un cascabel enorme, como asimismo otro en el talon; ciñendo una espada de ridicula, y todo lleno de relumbrones y espejuelos.

Se quitó la caperuza con las dos manos, tomandola por la parte de atras; se encogió hasta ponerse en cuclillas, colocando su caperuza en medio de sus piernas; se la volvió á poner con la presteza y la agilidad de un mono; avanzó dando tres trepas de las que hoy se llaman salto doble de león, y á consecuencia de la última vino á quedar de rodillas delante del rey, mirándole de hito en hito.

Era ya casi un viejo, con una fisonomía de sátiro, en la cual lo que más se determinaba era una enorme y curva nariz: sus ojos eran

pequeños, de un color indefinible sobre la base del verde ceniza, de expresión cínica, desvergonzada, burlona, maliciosa y astuta.

Este engendro se llamaba Cantoncillo, y era de todos sus juglares ó bufones el que más estimaba el rey de Aragón.

Verdad es que á Cantoncillo podía usársele para todo.

Era excesivamente inteligente, una especie de diablo, y su alma torcida no retrocedía ante nada.

—Heme aquí ante tu omnipotencia, mi buen señor, mi amado señor. ¿Que te sucede, hijo mío, que traes el rostro de un ajusticiado al que han tenido tres días pendiente de la horca?

—Haz que me traigan de almorzar, Cantoncillo,—dijo el rey,—y luego, mientras almuerzo, diviérteme.

—¿Y hay quien quiere ser rey,—dijo Cantoncillo,—para verse obligado á ser esclavo hasta por la parte del estómago? Las mismas ganas tienes tú de almorzar que yo de que me pongan entre cuatro potros. Pero ¿que se diría si se supiese que el señor rey estaba inapetente? Se echaría á mala parte; se diría que las cosas iban muy mal y que se alimentaba de la cólera, lo cual no es en ninguna manera conveniente.

El rey se fue á coger de una panoplia un látigo acerado.

Cantoncillo escapó.

El rey se quedó paseando de largo en largo en la cámara.

El primer rayo del sol naciente, pasando á través de una vidriera hacia la cual estaba vuelto el rey, tiñó su semblante de un rojo mortuorio, hasta hacerle aparecer de color de sangre.

El semblante del rey aparecía entonces formidable.

Si hubiera podido verse en un espejo se hubiera espantado de sí mismo.

Lo torvo, lo letal, lo amenazador, lo siniestro de su mirada, la rígida contracción de los músculos de su semblante, la expresión voraz de su boca, todo unido á aquel fuerte color rojo, le hacía aparecer una fiera que al cebarse en la sangre de una víctima hubiese bañado en ella su rostro, en el que duraba la cólera y el ansia de carnaje.

Se oyó de nuevo el ruido de los cascabeles, y el rey hizo un movimiento de voluntad suprema.

Compuso su semblante y apareció tal como estaban acostumbrados á verle; grave hasta lo sombrío, pero tranquilo.

El rey se sentó en su alto sillón blasonado y coronado, que estaba junto á la inmensa y magnífica chimenea de mármol blanco de un gótico admirable, alimentada por el fuego de una inmensa hoguera.

El jugador avanzaba lentamente danzando, tocando un laud y cantando.

Detras venían cuatro maestresalas con los bastones negros de su oficio, terminados en dos regatones negros de plata.

Detras el copero vulgar, no el ricohombre que tenía este oficio en los días de ceremonia, sino un simple noble de la servidumbre ordinaria del rey; el trinchador, el gustador, todos también de la servidumbre íntima.

Luégo hasta una docena de pajes conduciendo cada cual una parte del servicio.

Y despues otra docena de camareros trayendo las viandas.

Don Pedro no prescindiá jamás de la etiqueta.

Por esto se le llamaba el Ceremonioso.

Los maestresalas pusieron delante del rey una gran mesa.

Los pajes la cubrieron.

Los camareros pusieron sobre otra gran mesa los manjares y los vinos.

El copero tomó una bandeja en que había una ánfora y una copa de oro y otra copa más pequeña de plata, y la llevó á la mesa y escanció llenando las dos copas.

El gustador bebió el contenido de la de plata.

Solamente despues de esto, el rey para hacer boca bebió de la copa de oro.

Entre tanto, el trinchador hacia tasajos un solomo entero de jabali.

Otro gentilhombre le puso en la mesa y sirvió el plato del rey, y despues otro plato más ordinario que en un ángulo de la mesa habia.

El gustador comió una parte del solomo.

Sólo entónces el rey comió.

Esto era tomar cuantas garantias eran posibles contra un veneno.

Lo mismo sucedia cada vez que se llenaban las copas de nuevo ó que se servia un nuevo plato.

Y ¡cosa extraña! á pesar de la situacion moral en que el rey se encontraba, comia con apetito y en gran cantidad, y en no menos cantidad bebia.

El almuerzo no duró menos de una hora.

Entre tanto, Cantoncillo no habia dejado de danzar, de tocar, de cantar y de hacer lo que en aquellos tiempos se llamaba la *mujiganga*, llegando á veces á forzar de tal manera el ridiculo, que hubiera dado envidia al más bufo de nuestros bufos, y hasta tal punto, que á pesar de todo habia momentos en que el rey sonreia, y algunos en que no pudo menos de soltar la carcajada.

(Se continuará.)

LA CALLE DE LA MONTERA.

(Tradicion de Madrid.)

I

La calle de la Montera de nuestros dias, esa calle engalanada, coqueta y bulliciosa, centro, podemos decirlo así, del comercio de Madrid, era hace tres siglos, más bien que calle, un lodazal inmundio en tiempo de invierno, y un depósito de polvo y de inmundicias durante el verano.

La policia urbana era desconocida entónces, y porque un vecino no honrado arrojase á la via publica los desperdicios de su casa, no se le inquietaba con papel de multas ni cosa por el estilo.

¡Oh hermosa calle de la Montera! Tres siglos hace que ni aun nombre tenias, y como prueba de ello diremos que el que llevas actualmente procede de cierta hermosa dama tan bella como... coqueta, mujer del montero mayor del rey.

II

Esta buena señora, cuyas aventuras galantes dieron asunto bastante para que el inspirado Serra escribiese una lindísima comedia, tenia escandalizado al buen pueblo de Madrid, extendiéndose su fama hasta muchas leguas en contorno de la coronada villa.

Y no crean nuestros lectores que estos escándalos deshonoraban al señor montero mayor; todo menos eso.

La dama era, según la opinion pública, muy recatada y honesta.

Ninguno de los infinitos galanes que suspiraban por su hermosura podia jactarse de haber obtenido de ella el más ligero favor, la más leve esperanza.

Todo lo más que solia acontecer era que a señora *montera* se asomaba á sus balcones tan luego como la luz del sol alumbraba á la tierra, y entónces, á pretexto de arreglar las flores que nacian en sus macetas, arrojaba á la calle, así como al descuido, dos ó tres de las marchitas.

III

Cuentan las crónicas de donde entresacamos estos breves apuntes, que por un clavel sin aromas ni color y una maravilla medic marchita, se dieron de estocadas un marqués (la crónica calla su nombre) y un alférez de guardias *amarillas*, quedando éste último

bastante mal herido, pues en aquel tiempo no eran sólo los militares los únicos diestros en el manejo de la espada.

Otras veces la celebrada dama, cuando iba á la iglesia, bajaba un tantico el rebecillo de su manto de seda negra, y tenia para cada uno de sus adoradores miradas rápidas, pero de fuego.

La hermosa mujer no sabia mirar de otro modo.

Por las noches, si alumbraba la luna, pues entónces no habia más faroles que los de las santas imágenes que la piedad de los fieles alimentaba en algunas calles, y es fama que en la de la Montera no existia ninguna, por las noches, repetimos, y bañados por los rayos de nuestro satélite, rondaban la puerta de nuestra bella dama *cien galanes sin cuenta*.

Mirábanse los unos á los otros, retorcian el mostacho á la borgoñona, que todo español usaba entónces, y tropezándose al pasar buscaban de esta ó de otra manera un motivo para hacerse una sangría de más ó menos consideracion.

Los poetas ó los que presumian de tales, puestos los ojos en blanco, la capa echada á la espalda y arañando una vihuela, laúd ó tiorba, desahogaban su amoroso afán con canciones capaces de ablandar, no digo yo á una montera, pero sí á cierta estatua con formas de mujer que se alzaba entónces en la Puerta del Sol, y que se conocia con el nombre de *Mari-Blanca*.

La dama se hacia sorda á estas demostraciones, y sus celosias permanecian cruelmente cerradas; cantaban los trovadores; los gatos que se disputaban aquella gata (perdonese nos la comparacion) sacaban las uñas, ó llámense espadas si gustais, y *zis, zas*, estocadas tras estocadas, no tardaba en oirse un ¡Dios me valga! y cataplum, ¡hombre á tierra!

Entónces sobrevenia la ronda de un señor alcalde de casa y corte con sus alguaciles y arqueros de la villa y tropezaba con un cadáver, no dándose el caso de que el vivo, ó sea el matador, fuese capturado.

IV

En el trascurso de algunas noches oscuras, acontecia que al acudir la ronda al rumor de una pendencia hacian causa común los galanes rivales y arremetian con denodado furor á los golillas, administrándoles tan soberanas palizas que no tardaban en huir á la desbandada pidiendo favor y ayuda.

Cuando despues de una noche de serenatas y estocadas, la justicia recogia al amanecer un cadáver en aquella calle de trágicas aventuras, nuestra buena *montera*, tan fresca y tan bella siempre como una flor de primavera, entraba á oír misa en San Luis, sin dar la más pequeña muestra de arrepentimiento por sus culpables coqueturias.

He aquí, amables lectores, por qué la linda calle que da nombre á este artículo se llama la calle de la Montera.

Respecto al comercio que entónces existia en ella, estaba reducido á unos miserables tenduchos, en los cuales se vendia pan.

Tales establecimientos llegaban desde un extremo de la calle hasta la iglesia de San Luis, y á fin de que no hurtasen el pan habia á la entrada de las tiendas unas fuertes mallas de cuerda sujetas á un marco.

Por eso aun en el dia es conocido aquel sitio con el nombre de *Red de San Luis*.

V

Veamos ahora cuál fué el fin de la célebre montera.

Un caballo muy fogoso que solia montar su marido, arrojó á este contra las tapias de una huerta, quedando muerto del golpe en el mismo instante.

La viuda, cuando supo la fatal noticia, se encerró en su habitacion, y allí dió rienda suelta á su dolor con lágrimas y gemidos.

Su pena era sincera; amaba á su esposo.

Pero como el pesar suele aminorarse con el trascurso del tiempo, la viuda, jóven aun y bella siempre, fué consolándose poco á poco, hasta el extremo de no inspirarle el recuerdo del difunto más que una dulce y suave melancolia.

Las negras tocas de su viudez se cambiaron en breve en vistosas galas, que se hermanaban mejor con la belleza de la dama.

Así las cosas, llegó á Madrid un jóven caballero precedido de una terrible fama de espadachin y seductor.

Su nombre era don Tello de Castro, y su titulo (porque tambien tenia un titulo) era el de marqués de Torreval.

Don Tello era apuesto y galan como un héroe de novela; valiente, seductor y generoso como don Juan Tenorio, y noble como un rey.

Con tantos atractivos, que la fama habia aumentado de un modo extraordinario, llegó el buen marqués á Madrid como llevamos dicho.

VI

Don Tello no era hombre que permaneciese muchos dias sin rendir culto á la galanteria, y por lo tanto se dedicó á obsequiar á una condesa muy bella, á dos duquesas que entónces tenian gran fama por sus galantes aventuras, y á una preciosa comedianta que entónces hacia furor en uno de los mejores corrales de la corte.

El marqués, además de estos agradables entretenimientos, pasaba su tiempo atropellando *villanos* con su caballo, apaleando á la ronda, armando pendencias en los garitos, y hasta no faltó quien asegurase que durante las noches oscuras se dedicaba, en compañía de otros jóvenes tan calaveras como él, á robar capas y ferruuelos en las lóbregas y tortuosas calles de la villa.

Pero todas estas faltas eran perdonadas fácilmente, sobre todo por las mujeres.

¡Era don Tello tan hermoso, tan galan!...

La montera, á quien llamaremos doña Sol á falta de otro nombre mejor, ardía en deseos de conocer al afortunado mancebo que ocupaba á toda la corte con sus ruidosas aventuras.

Por su parte, el jóven calavera tambien deseaba conocer á la famosa dama de cuya belleza le habian referido prodigios.

VII

Una mañana, el marqués de Torreval entró á oír misa en San Luis, pues no por ser calavera dejaba de cumplir con este precepto cristiano.

Situado cerca de la pila del agua bendita, y cuando ya se habia terminado el Santo Sacrificio, vió acercarse una dama hermosa sobre toda ponderacion, que posaba en él una tenaz y ardiente mirada.

Ofrecióle cortesmente agua bendita en la punta de sus dedos, y la hermosa, despues de haberla tomado y de inclinarse para darle las gracias, salió de la iglesia con paso majestuoso.

El marqués la siguió.

—¿Quién es esa dama?—le preguntó á unos pobres que pedian limosna á la puerta del templo.

¡La señora *montera*!—le contestaron.

No necesitó saber más el emprendedor galan, y siguió á la dama hasta su casa, que estaba cercana á la iglesia.

Desde aquel dia fué nuestro jóven el guardián, el vigilante centinela de la calle de la hermosa viuda.

Su carácter y sus costumbres sufrieron una gran modificacion.

De alegre y atolondrado que era ántes se volvió reflexivo y taciturno.

Dejó de frecuentar las mancebias y garitos, en los cuales era casi siempre el motor de graves pendencias por asuntos de amorios ó de dados.

Los pacíficos habitantes de Madrid pudieran salir descuidadamente á la calle durante la noche sin temor á sus pesadas bromas.

Y por último, la ronda de capa y espada no se vió atropellada con tanta frecuencia con grave detrimento de su autoridad.

El amor que le inspiraba doña Sol era, como es fácil comprender, la causa de todo esto.

Pero en un carácter voluble y ligero como el que distinguía á don Tello no era posible la constancia, y así fue que trascurrido algún tiempo volvió á su alegre vida de calavera, olvidando completamente á doña Sol, de la cual había sido el dichoso amante.

Herida la dama en su amor propio, justamente ofendida por el agravio hecho á su hermosura, juró vengarse del desamor del marqués.

No trascurrió mucho tiempo sin que la célebre montera cumpliera su juramento.

Disfrazada de hombre seguía á todas partes á su desleal amante; y una noche que éste, casi ebrio, salía de un lupanar, en el cual acababa de asistir á una ruidosa orgia, aprovechando la lobrete de la noche y el descuido con que caminaba el marqués, lo hirió fieramente por la espalda clavándole una daga hasta la empuñadura.

—¡Jesús me valga!—exclamó el joven calavera al sentirse mortalmente herido.

—¡Muere, vil seductor!—gritó roncamente doña Sol poniéndose delante de él.

—¡Confesion!....—pudo articular aún el marqués con voz dolorida al tiempo que caía en tierra desplomado.

En aquel momento se oyeron pasos precipitados y murmullo de voces en la calle inmediata, y la rencorosa viuda huyó precipitadamente.

Un año después, y apenas acababa de espirar el tiempo de su noviciado, tomaba el hábito en el convento de monjas de San Plácido, siendo hasta el fin de sus días un portento de humildad y de virtudes.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

HONOR DE ESPOSA

Y CORAZON DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

La pobre madre hizo grandes esfuerzos como si quisiera hablar, agitó los brazos y gesticuló, en tanto que su mirada continuaba fija en Consuelo.

—Madre mía,—dijo la joven con una turbación que aún no había podido dominar,—el señor Policarpo me ha detenido porque hablaba con un parroquiano, y luego ha querido darme explicaciones sobre el trabajo que he de hacer mañana.

La madre hizo con la cabeza un movimiento que significaba la negación.

Así quería decir que no creía.

—Os aseguro....

Repitió la señora Mariana enérgicamente sus signos negativos, y la expresión de su mirada se hizo severa.

Consuelo se estremeció.

No sabía mentir.

Una y otra vez agitó los brazos la desdichada madre, y nuevos gemidos se escaparon de su pecho.

Mandaba y era preciso obedecer.

Quiso resistir la joven.

Su intento fué vano.

De severa llegó á ser terrible la mirada de la madre.

Ya hemos dicho que en sus ojos parecía haberse reconcentrado todo el vigor, toda la

energía de su juventud, toda la fuerza de su espíritu.

No era fácil resistir aquella mirada, sombria unas veces, ardiente otras, y siempre elocuente, profunda y dominadora.

—¡Madre mía, madre de mi alma!—exclamó Consuelo con desgarrador acento.

Y mientras un raudal de abrasadoras lágrimas se escapaba de sus ojos, abrazó á su madre estrechándola fuertemente contra su pecho.

Temblo convulsivo agitó los miembros de la anciana, si anciana puede llamarse á la que no tenía más de cuarenta años, por más que su cabellera hubiese encaucado en un solo día cuando experimento la conmoción terrible que la había privado del uso de la palabra, y por más que algunas profundas arrugas surcasen su rostro.

Sentíase Consuelo ahogada y le era imposible articular una sílaba.

Sombrio apareció entonces el semblante de la señora Mariana, y era que las demostraciones de dolor de su hija le hicieron adivinar desgracias horribles, y que ella quizás conocía demasiado bien por haberlas experimentado en su juventud.

Tal vez la señora Mariana sospechó que su pobre hija había sido víctima de los engaños de algún miserable seductor.

Y no podía preguntar, no podía moverse!

Lo que la infeliz madre debió sufrir en aquellos momentos es imposible que se comprenda.

Lívido y contraído violentamente estaba su rostro.

Así trascurrieron cinco minutos, que debieron ser cinco siglos de tormento sin igual para la señora Mariana.

Por fin Consuelo hizo un esfuerzo sobrenatural, separóse de su madre, se dejó caer en una silla y dijo:

—Todo lo sabreis.

La madre volvió á fijar una mirada afanosa en su hija.

—Sí, todo; pero no ahora, porque apenas puedo hablar, mis fuerzas se han agotado, sufro mucho.... ¡Ah!....

Aun no daba señales de conmoverse la señora Mariana ante el inmenso dolor de su hija.

Esta comprendió al fin que su madre abrigaba sospechas verdaderamente horribles, y limpiando sus ojos y levantando con orgullo la cabeza, dijo enérgicamente:

—No, madre mía, no he olvidado mis deberes; pura está mi honra y tranquila mi conciencia.

Otro gemido se escapó del pecho de la señora Mariana, gemido que era como una exclamación de júbilo.

Cambió de expresión su semblante.

Revelóse en sus ojos una tristeza profunda, humedecieronse y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Luego elevó al cielo una mirada de gratitud.

La madre y la hija empezaban á entenderse, pero les esperaban grandes sufrimientos.

Una y otra vez suplicó Consuelo que se le permitiese dilatar sus explicaciones hasta el otro día.

Su madre le respondió por señas afirmativamente.

Media hora después se encontraban en el lecho.

Consuelo consiguió dormir aquella noche, aunque agitadamente, pero la señora Mariana no cerró los ojos hasta que rayaba el día.

CAPITULO IX.

Cómo quedó la situación.

Consuelo no había recobrado la tranquilidad, ni era fácil que la recobrase; pero se sentía más animada desde que á sus caricias había correspondido su desgraciada madre.

Una vez dado el primer paso en el camino

de las revelaciones, la joven no encontraba inconveniente para llegar hasta el fin.

Había decidido decirse todo á su madre, y si la noche anterior no lo había hecho fué porque en realidad le faltaba la fuerza.

No bien el sol había dejado ver sus primeros rayos, la madre y la hija abandonaron el lecho.

Sentose la primera junto al balcón donde pasaba su triste vida, y la joven, queriendo aprovechar los instantes, dijo:

—Madre mía, voy á revelaros mi secreto, vais á conocer la causa de mis sufrimientos horribles, y así creo que quedare más tranquila.

La señora Mariana no podía responder, pero su mirada elocuente se fijó con ansiedad indescriptible en su hija.

Las palabras de ésta no debemos repetir las. Con la más escrupulosa exactitud hizo el relato de los sucesos que habían ocasionado su pasión desdichada.

No olvidó el detalle más leve; no dejó de mencionar circunstancia alguna, ni mucho menos ocultó nada de lo que había sentido, sentía y pensaba.

Escuchaba la pobre madre, y en su rostro se pintaban claramente todas sus impresiones.

Muchas veces tembló, y pareció horrorizarse de los peligros que á su desgraciada hija amenazaban.

Empero la infeliz no podía pronunciar una palabra, y esto le hacía experimentar los tormentos más espantosos.

De terror profundo dió claras muestras cuando supo que el hombre amado por su hija era nada ménos que el heredero de una de las más ilustres y ricas familias de España.

No necesitaba más la cariñosa madre para comprender la suerte que le aguardaba á su hija.

Esta era pobre, de humilde condición; y si su existencia no significaba una liviandad, tampoco podía probar que era legítima.

Sin que hubiese podido dar explicaciones sobre su situación, había enfermado la señora Mariana, y nadie sabía si Consuelo tenía padre ni si era fruto de un amor criminal ó de una unión legítima, ni mucho menos donde había nacido.

¿Cómo averiguar todo esto?

Era imposible mientras la señora Mariana no recobrase el uso de la palabra.

Con su mirada elocuente ni con ademanes no podía dar explicaciones.

Ya hemos dicho que para averiguar la verdad, el señor Policarpo y otros vecinos habían apelado al medio de hacer suposiciones preguntando á la enferma si se equivocaban; pero ella había respondido á todo negativamente, lo cual probaba que al hacer las suposiciones no habían acertado.

La hija había empleado el mismo sistema.

Habíase advertido una circunstancia que llamó mucho la atención del honrado sastre: cuando se le preguntaba á la enferma si su hija era legítima, no respondía ni afirmativa ni negativamente, y esto hizo suponer que Consuelo debía su existencia á un amor criminal.

Más empeño que nunca tenía la desgraciada Consuelo en saber al ménos si era fruto de un extravío, pues ya que pobre y humilde, quería por lo menos levantar la frente con altivez pudiendo decir que era legítima su existencia.

¿Por qué sobre este punto guardaba tan obstinada reserva la madre?

Cerca de una hora pasó antes de que la joven terminase su triste y conmovedor relato.

Cuando hubo concluido, escapóse de sus ojos un raudal de lágrimas, besó las manos de su madre, y dijo:

—Creo que ninguna falta he cometido; contra mi voluntad se ha encendido en mi pecho este amor, y por consiguiente yo no soy responsable de las consecuencias. Ni por un

n stante he olvidado mis deberes, y me siento con fuerzas para morir antes que olvidarlos, pues aunque joven y sin experiencia, comprendo que tras de la satisfacción de estas pasiones se siente el arrepentimiento y debe sufrirse horriblemente, porque ya es imposible retroceder ni mucho menos reparar la falta. Dichosa he sido á pesar de nuestra pobreza y de nuestra tristísima situación; dichosa he sido con la tranquilidad de mi conciencia, y esta tranquilidad no la sacrificaré por nada del mundo.

La señora Mariana extendió los brazos, estrechó en ellos á su hija y la besó tiernamente.

Creo Consuelo propicia la ocasión para averiguar lo que tanto la interesaba, y dijo:

—Aunque yo estuviese deshonrada y el mundo me rechazara con desden, vos no me rechazaríais porque sois mi madre, no dejaríais de amarme, sino que me amaríais mucho más por lo mismo que yo era más desgraciada.

La señora Mariana hizo con la cabeza una señal afirmativa, porque en aquellos momentos solemnes no podía mentir.

—Pues bien,—prosiguió diciendo Consuelo,—yo soy vuestra hija, os amo mucho por lo mismo que sois muy desgraciada, y si de otras desgracias vuestras tuviese yo noticia acrecentaría mi amor filial y sería para vos más profundo mi respeto.

La señora Mariana se estremeció violentamente.

—Disipad mis dudas, madre de mi alma, disipadlas, porque me atormentan más de lo que pudiera atormentarme la más espantosa realidad.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de la pobre madre.

—Nadie más que Dios nos escucha....

La señora Mariana exhaló un gemido.

—¿Y mi padre?—preguntó la joven.

La infeliz anciana se encogió de hombros.

—¿Era mi padre vuestro esposo legítimo?

Tornóse profundamente sombría la mirada de la pobre madre, y volviendo á gemir y haciendo un esfuerzo supremo, movió la cabeza y las manos como para responder negativamente.

Acababa de ponerse en clara esta parte del misterio de la historia de la señora Mariana.

Consuelo exhaló un grito desgarrador.

Cubrióse el rostro con las manos.

Algunos momentos después abrazaba á la enferma y exclamaba:

—¡Madre mía!... ¡Cuánto os amo!... Fuisteis víctima de la seducción, os engañaron miserablemente.... ¿No es verdad?

La anciana hizo una señal afirmativa.

—Exigiríais reparación....

La señora Mariana volvió á decir que sí.

—¿Quien es ese hombre, quien es mi padre, dónde está?—preguntó arrebatadamente la joven.

Empero bien pronto comprendió que su madre infeliz no podía responder.

—¡Oh!—exclamó con el acento de la desesperación.

Y sus fuerzas se agotaron y se dejó caer pesadamente sobre una silla.

Reinó un silencio absoluto.

Corrió el llanto por las mejillas de aquellas dos infelices.

No podía ser más horrible la situación.

Consuelo no podía tener siquiera el desahogo de la lucha, ni el consuelo de hacer cuanto le fuese posible.

Si al menos hubiese sabido quién era su padre, habría ido á buscarlo, exigiéndole reparación, y aunque nada hubiera conseguido habría quedado más tranquila.

Además, los enamorados se entregan fácilmente á ilusiones, y Consuelo creía que conociendo el nombre de su padre, para obligarlo á reparar la falta en cuanto fuese posible Leandro le ayudaría.

Si era verdadero el amor del hijo de la condesa, Consuelo no se equivocaba.

Largo rato permanecieron silenciosas.

La madre no hablaba porque no la era posible hacerlo, y la hija porque nada agradable podía decir.

Tal vez se hubiesen pasado muchas horas sin hacer más que llorar y suspirar; pero fueron interrumpidas por algunos golpes que dieron en la puerta.

Limpiáronse los ojos y abrió la joven.

El señor Policarpo se presentó.

También estaba pálido y ojeroso.

Debía haber pasado mala noche, lo cual no es extraño, pues sobre ser sincero amigo de las dos mujeres, encontrábase comprometido sin saber cómo en el endiablado enredo de aquel amor.

—Buenos días,—dijo,—mientras miraba á sus dos vecinas.

Y después de algunos breves instantes, añadió:

—Algo pasa, porque así lo dice vuestro semblante, algo de mucha gravedad y que fácilmente adivino. Han mediado francas explicaciones, ¿no es verdad?

—Sí,—respondió Consuelo,—mi buena madre lo sabe todo, absolutamente todo, porque seguir ocultádoselo me parecía un crimen.

—Muy bien hecho,—repuso el sastre,—muy bien hecho, porque á una madre nada se le debe ocultar. Además, tu no has cometido ninguna falta, ni la cometerás, si Dios quiere protegernos; y en cuanto á mí, me parece que mis intenciones han sido rectas, y sobre todo no he fomentado tu amor, ni te he dado un consejo que no sea bueno.

—Por el contrario, nos habeis hecho muchos beneficios.

—He cumplido mi deber, y además he obedecido los impulsos de mi corazón. Desde que encontré á tu pobre madre privada de sentido y la vi desamparada, me he interesado por ella como un padre puede interesarse por una hija.

—Vuestro noble corazón....

—No hablemos de eso, porque tenemos que ocuparnos de cosas más importantes.

—Señor Policarpo, mi desgracia no tiene remedio, y sabre resignarme y sufrir si no consigo olvidar á ese hombre.

—¡Olvidarlo!....

—Creo que es imposible; pero....

—Hablemos como gente de razón,—interrumpió el sastre.—Tu madre no puede hablar, pero me escuchará, y por señas dirá si le parece bien mi opinión.

—No olvideis que el hombre á quien amo y parece amarme....

—Es un caballero muy rico y de la primera nobleza, y cuando muera su padre será conde y grande de España de primera clase y no se cuántas cosas más.

—Pues bien, un hombre así....

—Puede casarse con una mujer de posición humilde y pobre, con tal que sea honrada, que con la nobleza del marido hay bastante para que se ennoblezca la esposa. De estos ejes pios se han visto algunos, y para convencerte me bastará recordar los nombres de algunos personajes cuyas mujeres no fueron más que infelices como tú; pero como antes he dicho, nobles quedaron con la nobleza del esposo, y de alguna de ellas se asegura que rebuscando entre los papeles de los archivos se han encontrado, cuando menos se esperaba, documentos irrecusables que prueban el origen ilustre de la familia que se creyó plebeya. Estas cosas se arreglan fácilmente cuando hay voluntad.

Consuelo pensó que ni siquiera un nombre plebeyo tenía, y fijó en su madre una mirada angustiosa.

—Por de pronto,—prosiguió diciendo el sastre,—el mayor inconveniente consiste en que tu pobre madre no puede hablar, y por consiguiente no sabemos dónde has nacido, ni cómo se llamó tu padre. ¿Quién sabe si

algun día averiguaremos que tienes derecho á llevar un nombre ilustre?

La señora Mariana se apresuró á hacer una señal negativa.

—Tu madre dice que no; pero en fin, si el nombre no es ilustre, será un nombre.

Otra vez respondió negativamente la anciana.

Sin duda no quería ya guardar el secreto de su deshonra.

—¿Es que debo decirlo todo?—preguntó Consuelo.

—Sí,—contestó la madre.

El proceder de la señora Mariana no podía ser más noble, pues significaba que no quería que se engañase al que amaba á su hija.

Entonces Consuelo le dijo al sastre lo que había podido averiguar.

El señor Policarpo hizo un gesto de disgusto, pero no se dio por vencido.

—A pesar de todo eso,—dijo con una buena fe singular,—creo que el señor don Leandro te amará como siempre, porque nunca ha mirado más que tu virtud y tu belleza, y no ha de cometer la injusticia de querer que pagues las faltas de otro. Para mí vales ahora más que antes, puesto que te considero más desgraciada, y si yo estuviese enamorado de ti.... ¡Oh!.... Entonces no vacilaría un instante y serías mi esposa en cuanto me lo permitiesen las circunstancias. ¡Mirarte con desden porque otros cometieron una falta!.... Imposible.... No, eso no puede hacerlo un hombre como don Leandro. Si lo conocieras como yo, no lo sospecharías. Tiene un gran corazón, un corazón sin igual.

—Mi mayor fortuna,—replicó Consuelo,—sería que me mirase con desden.

—¿Que estás diciendo?

—Sí, porque semejante ofensa heriría mi dignidad, y entonces me sería posible olvidarlo y hasta mirarlo con odio.

—¿Qué ideas tan raras se les ocurren á las mujeres!

—Yo no puedo ni quiero engañar á ese hombre.

—Eso es otra cosa.

—Es preciso que sepa que entre nosotros hay tanta distancia que no puede salvarse con la fuerza de su amor, si es que me ama verdaderamente.

—No puede hoy el señor don Leandro casarse contigo, porque tiene padres que se lo estorben; pero algún día quedará huérfano, y dueño entonces de su voluntad será tu esposo.

—¿Mi esposo!....

—¿Lo dudas?.... Pues yo no lo dudo, y para creerlo así tengo muchas y muy poderosas razones, y creo que tu tendrás muy pronto la prueba de cuanto te digo. Como nunca le has hablado, no puedes saber lo que es ese hombre.

—Reconozco sus buenas cualidades, pues no tengo motivo para ponerlas en duda; pero como mis aspiraciones son un imposible, es preciso poner término á esta situación.

—¿Y cómo ha de terminarse?

—No saldré de mi casa, no veré á don Leandro, el tampoco me verá, así pasará el tiempo, y al fin....

—Sufriréis mucho y os quedareis como estáis ahora.

—Eso no.

—Pasará el tiempo y don Leandro no te verá; pero cada día esperará verte al siguiente y sus esperanzas avivarán el fuego de su amor, y animádotle más cada día, por lo mismo que no consigues su deseo, llegará su pasión á la locura y Dios sabe lo que sucederá.

—o abrigará esperanzas, porque vos le diréis que no lo amo.

—¡Yo!....

—Sí, también me hareis este beneficio....

—Pues te equivocas, hija mía.

—¿Os negareis á contribuir á mi tranquilidad?

—Pideme cuanto quieras, pero mentir....

—Hay mentiras licitas.
—En mi vida he mentido.
—Señor Policarpo....
—Escúchame, que voy á concluir.
—¿Acaso hay otro medio de acabar con estas ansiedades?

—Tu madre decidirá.
—Mi madre no puede permitir que yo corresponda al amor de un hombre como don Leandro.

—¿Y por qué no ha de permitirlo?
—Cuando el mundo se aperceba de semejantes relaciones, pondrá en duda la pureza de mi honor, porque no creerá que de buena fe quiere ser mi esposo un hombre tan rico y tan ilustre.

—El mundo nada podrá decir contra tu honra cuando sepa que no ves á don Leandro sino por espacio de algunos minutos y en presencia de tu madre, y que además sois tan pobres ahora como lo habéis sido siempre.

—Que mi madre decida.
—Pero no en este momento.
—¿Pues cuándo ha de ser?
—Ahora vas á venir á mi casa donde tengo muchas cosas por arreglar, y entre tanto el señor don Leandro dará á tu madre las explicaciones que bien le parezcan. Tu madre no puede hablar, pero esto no importa, pues lo único que á don Leandro le interesa es que le escuches, y bastará con que tu madre diga que sí ó que no moviendo la cabeza.

Quiso replicar Consuelo, pero el sastre no se lo permitió, y dirigiéndose á la anciana le dijo:

—¿Permitiréis que venga el señor don Leandro?

La señora Mariana respondió afirmativamente.

Su hija la miró con sorpresa, porque sorprender debía la contestación de su madre.

—Vamos,—dijo el sastre poniéndose en pie;—ya has visto que no me equivoco, y esto consiste en que conozco el mundo mejor que tú.

La joven tuvo que obedecer y siguió al señor Policarpo.

Cinco minutos despues entraba el hijo de la condesa.

¿Qué le dijo á la señora Mariana?

¿Cómo pintó su pasión inextinguible el ilustre caballero?

¿Qué pruebas ó garantías pudo dar de la rectitud de sus intenciones?

No lo sabemos; pero el amor es siempre elocuente, es persuasivo, y mucho más cuando habla por boca de un hombre como el hijo de la condesa.

Por espacio de una hora se prolongó aquella entrevista; una hora que fue un siglo de mortal angustia para la bellísima Consuelo.

Había permanecido ésta en la habitación del sastre, y colocada junto á una ventanilla con reja que daba al corredor.

Desde allí había visto á Leandro entrar.

El corazón de la joven había latido con tanta violencia que no parecía sino que iba á saltar del pecho.

Esperó inmóvil y anhelante.

Sonó ruido de pasos y otra vez apareció el caballero.

Sus negros ojos brillaban como nunca.

Parecía muy agitado.

Con la diestra se oprimía el corazón.

¿Que hermoso le pareció entonces á la pobre Consuelo!

Y eso que aquel día el hijo de la condesa iba tan modestamente vestido que hubiera podido tomarse por un hidalgo de mediana fortuna.

No, aquel día no brillaban diamantes en las hebillas de sus zapatos ni en su sombrero ni lucía riquísimos vuelos de encaje, ni bordados de metales preciosos en su ropa.

Un sentimiento de delicadeza le había hecho vestirse así, pues le parecía que el lujo era una ofensa en aquella situación para la señora Mariana.

Bajó el joven, y cuando llegó al portal metióse tras el biombo, donde con impaciencia lo aguardaba el sastre aparentando que cosía aunque sin dar una puntada.

Pu-ose en pie el señor Policarpo.
Leandro le alargó la diestra, mientras exclamaba:

—¿Soy feliz!
—¡Ah!....
—No me equivoco.
—¿Que os ha dicho?
—Aprueba nuestro amor.
—No podía suceder otra cosa despues de escucharos.

—Y ya sé que Consuelo no tiene padre.
—Y sobre no tenerlo....

—Es hija de la seducción,—dijo tristemente Leandro.—Pero en claro se pondrá este asunto, y si el padre vive reconocerá á la hija; lo juro por quien soy.

—¿Y cómo ha de ponerse en claro si la señora Mariana no puede hablar?

—Por de pronto sé que el seductor es de noble cuna.

(Se continuará.)

SECCION DE AMÉRICA.

JUICIO CRÍTICO

DE LOS

POETAS AMERICANOS,

POR EL DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

(Continuacion.)

La composicion dedicada á Mayer es digna de figurar al lado de las más sentidas elegías. Está rebosando dolor y sentimiento el más levantado contra los bárbaros asesinos de la Rioja.

Dirigiéndose al desgraciado mártir de la libertad argentina, rompe su canto necrológico con estos tiernos versos:

¡Los bardos de la patria te entonen sus loores!
¡Las vírgenes derramen sobre tu losa flores,
en que las perlas brillen que viertan al llorar!...
No puedo yo, como ellos, alzarte un digno canto;
no puedo yo, como ellos, de flores y de llanto
del mártir de la Rioja la lápida regar.

Termina esta notable composicion con el siguiente noble deseo:

Retumba desde el Plata hasta los más lejanos confines de la patria, hasta los mismos llanos, cuyo verdor tu sangre preciosa enrojeció,
la maldición que lanzan los pechos argentinos sobre esa turba aleva de frios asesinos, que ni en el héroe al niño siquiera respetó.

La memoria de Mayer queda así bien recordada; y si á los versos precedentes añadiésemos algunos de Florencio Varela y Esteban Echevarría, de seguro el mártir aparecería á nuestros ojos mucho más sublimado.

Su composicion titulada *Fausto* ha sido juzgada favorablemente por los notables escritores platenses Juan Carlos Gomez, Ricardo Gutierrez y Carlos Guido y Spano, los tres muy lisonjeramente conocidos en la Europa misma.

Fausto es un verdadero poema, que al revelar las impresiones de un gaucho, al ver la representación de la obra maestra de Goethe, el Jupiter Olímpico de la literatura germanica, analiza toda esta obra, pasando de lo severo á lo gracioso, de lo sublime á lo trivial con una pasmosa fecundidad y notable acierto.

Fausto, pues, retratado por Campo, es una obra aparte, original, digna de ser conocida en todo el mundo literario.

Comienza esta curiosa obra con las siguientes octavillas:

En un severo rosno,
flete nuevo y parejito,
caía al bajo, al troceteo
y lindamente sentao,
un paisano del *Bragao*
de apelativo *Laguna*,
mozo jinetao: ¡Abijuna!
como creo que no hay otro,
capaz de llevar un potro
á sobrevarlo en la luna.

Describe luego minuciosamente todos los detalles del *Fausto*, viéndose el gaucho como si estuviera delante, hasta que dice:

Cavó el lienzo finalmente,
y ahí tiene el cuento contado....
—Prioste el pañuelo, cuñado,
me está sudando la frente

Es muy chispeante de ingenio tambien la que dirige á Aniceto el Gallo (pseudónimo de Ascasubi), firmándose el Anastasio el Pollo. Esta poesia, á la vez que festiva es epigramática, y la sal ática rebosa por todos sus poros. Pertenece á un género nuevo, creado por Ascasubi, y que le valió gran fama entre los buenos poetas americanos.

Bien quisiéramos detenernos más en la descripción del precioso libro del señor Campo, que la amabilidad de la bella señorita porteña Josefina Brabo hizo llegar á nuestras manos. Pero no desempeñaríamos acaso bien con él la tarea de críticos; y así que así el señor Campo podría pedirnos cuenta de tamaño atrevimiento despues que el gran poeta Mármol lo juzgó con todo acierto. Conformes con que el señor Campo ha quemado todo el aroma de su estro en los altares de la galantería y el amor, séanos permitido añadir á esta reseña de su obra los versos suyos citados por Mármol:

¡Qué bella noche de estío!
¡que bien la luna retrata
su disco hermoso de plata
sobre la plata del río!

Sobre tu espalda y tu cuello
va espléndida y derramada
la caudalosa cascada
de tu joyante cabello.

Séanos permitido añadir tambien, para satisfacción del señor Campo, que si es nuestra época esencialmente positivista, la poesia por eso no deja de ser bendecida. Si la humanidad se uniese á ella con fe de mártir, la humanidad conocería pronto lo diferente que es vivir por el amor y la inteligencia que por los goces groseros y el torpe egoísmo.

Hoy no puede ser nada, ni aun una capula, un cartilago disecado, una leve arista el que está escaso de monedas para poderse presentar deslumbrante de lujo, por más que su oro proceda de acciones criminales. Y esta filosofía va tomando tal carta de naturaleza, que ya se deja por ocioso el *razo* y la *oración* silenciosa, adoptándose el *can-can* como indispensable entretenimiento sin rubor y temor; y si bien las clases más pulcras lo aceptan *in partibus*, lleva trazas de ser una de sus favoritas deidades.

Cante, pues, el poeta argentino contra el materialismo de los goces y la burocracia vergonzante, por más que sea muy cierto lo que muy bien dice en la preciosa barcarola de su tomo de poesias:

La vida humana es un lago
en que el hombre es gondolero,
sin más norte y derrotero
que el que su hado le marcó;
el verde esquisse que guía
en borrascas ó en bonanza,
es la ambición, la esperanza
que en su pecho germinó.

Reciba el inspirado poeta argentino nuestra más cumplida enhorabuena, y no reniegue jamás del porvenir de la poesía, porque es indudable que

Es la esperanza dichosa,
el mayor bien que se alcanza;
mano de Dios misteriosa
que nos guía en la bonanza.

(Se continuará.)

LA LUNA DE MIEL

Y LA LUNA DE MIEL.

Cándida es un prodigio de belleza, un tesoro de amor, un modelo de virtudes, y sobre todo justifica su nombre, pues es la candidez personificada; y si no es nada de esto, lo parece; y si hay quien lo dude, no tiene más que oír lo que dice la madre de la encantadora niña.

Cándida se asusta con facilidad, se horroriza con frecuencia, y a cada dos por tres suspira lánguidamente, mira al suelo y se pone colorada como una cereza cuando la situación lo exige así.

Tiene otra buena cualidad; habla poco, muy poco; á nadie le contradice, y las palabras que pronuncia son siempre muy agradables.

Es sencilla en sus costumbres, la desagrada el lujo, condena energicamente la coquetería y ciertos devaneos, y se conmueve hasta el punto de derramar lágrimas cuando en su presencia se hace mención de algun rasgo de ternura maternal.

Una mujer así debe constituir la dicha del hombre más exigente. Si le toca un marido adusto, lo amansará en fuerza de dulzura; y si consigue casarse con un hombre de buena pasta, serán dos ángeles, dos querubines de distinto sexo.

—Dios dé á mi hija lo que mi pobrecita hija se merece,—dice la madre de la niña, la que aspira á representar el papel de suegra.

Y Dios escucha sus votos, porque los encantos de la joven Cándida encienden la más intensa pasión en el pecho de Juanito, que es también un modelo de honradez, que es sensible como la misma sensibilidad, y que quiere terminar su carrera para casarse y realizar toda la dicha que ha imaginado.

Juanito se entrega con frecuencia á las ilusiones más gratas; es un verdadero soñador, lo cual no se opone á que estudie farmacia con el santo fin de ser boticario.

—Tendré una botica,—dice,—pasaré todo el día entre dulces jarabes y aromáticas yerbas, y por la noche me entregare á los goces del hogar con mi adorada esposa.

Hace Juanito su declaración en forma, y la niña responde:

—Nada me atrevo á decidir sin licencia de mamá.

No podía suceder otra cosa tratándose de una criatura tan inocente y tan tímida.

Juanito se entiende con la futura suegra, promete ser un modelo de esposos, y el asunto queda arreglado.

¡Que miradas se cruzan entre los dos amantes!

¡Cómo brilla en sus ojos el fuego que devora sus corazones!

Aunque siempre se dicen lo mismo, no se cansan de hablar.

Si algunas noches juegan á la brisca con la severa madre, se complace Juanito en perder, y le parece muy agradable que la niña haga trampas.

Si van á paseo al Campo del Moro ó á Chamberí, Juanito suele cometer la torpeza de pisar la falda de su novia y descoserle el volante.

Ella, en vez de enfadarse, sonríe y en-



La luna de miel.

vuelve á Juanito en una mirada seductora.

El corazón del pobre Juan palpita entonces con violencia y le falta poco para romperse como el vestido.

Llega la noche, queda Cándida sola y se ocupa en zurcir lo que ha roto su amante.

¡Con cuánto placer enhebra la aguja!

La tarea no le parece enojosa, sino muy dulce.

—Aquí ha puesto el pié,—murmura mientras que sus mejillas se cubren con el carmin del rubor.

Y como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, al día siguiente, Cándida, mientras mira á su amante, se sienta sobre el sombrero de éste que ha quedado sobre una silla.

Juanito es pobre; pero ¿qué importa que su único sombrero, tan cuidadosamente cepillado y planchado el día anterior, haya quedado hecho una tortilla?

Al contemplar su sombrero abollado se rie Juanito.

Aquel sombrero tiene ya un valor que sólo pueden apreciarlo las almas sublimes.

Cada una de las arrugas es un recuerdo, un testimonio, una señal.

Imposible es decir todo lo que Juanito piensa ni lo que siente cuando se pone aquel sombrero.

Como la ociosidad es madre de todos los vicios, Cándida no quiere estar ociosa, y cuando no tiene otra cosa que hacer saca una madeja de hilo para hacer ovillos, hilo que en su día servirá para hacer calcetines al boticario.

En la casa no hay devanaderas.

Juanito se ofrece á tener la madeja.

Lo hace bien al principio; pero á los pocos minutos, absorto en la contemplación de los hechizos de Cándida, el hilo se enreda.

Ella tira inútilmente; hay que desenredar, que cortar....

Finge la niña que se enfada, pero su enfado es encantador.

¡Cómo le brillan los ojos al reñir á su amante!

Y Juanito tiembla, no de miedo, sino porque se siente conmovido, profundamente agitado, trastornado, casi loco.

También sus ojos relumbran.

Y se enmarañan sus ideas como se ha enredado el hilo.

La futura suegra dice entonces:

—Han nacido el uno para el otro.

No era tan amable mi difunto.

Llega el día feliz.

Los dos amantes se casan.

No han cambiado.

Trascurren algunos meses, y todavía le parece á Cándida muy bien lo que hace su marido, y este aprueba cuanto hace su mujer.

Por fin el cielo les envía un hijo, otro al año siguiente, y así hasta ocho.

Las drogas no dan bastante de sí para llenar el estómago y acudir á todas las necesidades de tan numerosa familia.

Cándida ha hecho grandes adelantos, pues ya sabe enfadarse de veras.

A su marido le parece que la luna de miel no es tan dulce como el jarabe, y le ocurre pensar que además de éste hay también acibar en su botica.

Y los años pasan y pasan.

El matrimonio se permite algun día de fiesta dar un paseo.

Ya no se les ve el uno al lado del otro.

Apénas hablan, porque nada tienen que decirse.

Si están cansados y encuentran donde sentarse, se disputan el sitio mejor.

Si por atender á los niños comete el esposo la torpeza de pisar el vestido á su mujer, ella le dice ásperamente:

—Parece que estás ciego.

—Todo se remedia con algunas puntadas,—replica Juan.

—No tengo otra cosa que hacer.

—En fin, ya ha sucedido....

—Tendré paciencia lo mismo que siempre.

Al limpiar, deja Cándida caer el sombrero de su marido.

—¡Horror!—exclama éste.—¡Un sombrero que aún no tiene un año!.... Se le ha levantado el pelo y ya no podrá servirme sin que lo planchen.

Cándida recuerda aquellos tiempos felices en que sin miramiento alguno sentábase de lleno sobre el sombrero de su Juanito, y estos recuerdos producen una tormenta, que no concluye hasta que á uno de los niños se le antoja subirse sobre una mesa y romper algunos platos.

—Hijo de tal padre habías de ser,—dice ella.

—Prefiero sus travesuras á la hipocresía con que me engañaste,—replica él.

Tiene Cándida que devanar.

¿Dónde pondrá la madeja?

—Ten, Juan,—dice.

El marido la mira de piés á cabeza, cambia de postura, se mete las manos en los bolsillos y se recuesta en la silla.

Otra vez Cándida evoca los recuerdos de la luna de miel.

Juan se ve en la alternativa de escuchar á su esposa ó de servir de devanaderas.

Ambas cosas le parecen horribles; pero elige lo segundo siquiera por ser silencioso.

Toma al fin la madeja.

Cándida mira al ovillo.

El boticario mira al techo y ajusta la cuenta de lo que ha ganado aquel día.

Bien pronto el hilo se enreda.

La esposa se enfada.

El esposo no puede contenerse.

Los niños gritan.

Toma Juan el partido de ir á pasearse.

Encuentra un amigo, van al café, y sin

sentir pasan el tiempo hablando de su juventud.

Vuelve el boticario á su casa diez minutos más tarde que de costumbre.

Su esposa lo recibe con un diluvio de reconvencciones.

—Dios sabe dónde habrás estado,— dice.

—Y Dios sabe lo que tú habrás hecho,—replica Juan.

Y ella se enfurece más cada vez, y él amenaza y su esposa lo imita.

Se repiten con demasiada frecuencia las borrascas matrimoniales.

La casa es un infierno.

Los dos esposos han querido ser felices y son desgraciados.

Recuerdan la época de la luna de miel.

¿Por qué concluyeron aquellas dulzuras?

Las intenciones de Juan han sido las mejores, y las de Cándida no menos buenas.

Y sin embargo, tras la luna de miel han tenido que pasar por la de hiel.

Ambos reflexionan queriendo explicarse el cambio.

Buscan la causa y no la encuentran.

¿Quién de los dos tiene la culpa?

Juan cree firmemente que todo consiste en el carácter de su esposa.

Esta opina que la causa del mal no es otra que el carácter de su marido.

¿Tiene razón Cándida ó Juan?

La culpa es de los dos, pero no lo reconocen así.

Cuando se casaron todo se lo perdaban, con todo transigían, y no pensaban más que adivinarse los pensamientos y en complacerse.

Si siempre hubiesen hecho lo mismo, ¿no habría sido eterna la luna de miel?

Juan no había pensado que una mujer es lo que su marido quiere que sea.

Cándida no había comprendido que á la mujer le sobra influencia para hacer del peor de los hombres el mejor marido.

Si lo hubiesen comprendido así, con alguna inteligencia, con prudencia no más, habrían prolongado la luna de miel.

Por desgracia, son pocos los hombres que se ocupan en hacer un estudio detenido de las condiciones morales de la mujer á quien se unen.

Las mujeres tampoco se toman este trabajo, y en esto consiste el mal.

RAMON ORTEGA Y FRIAS.

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

TERCERA PARTE.

(Continuación.)

—He oído decir que entre nuestras respectivas familias está fijado nuestro destino.... ¿Qué otra cosa puedo contestar acerca de su pregunta?

Carlos miró á Ana con su acostumbrada seriedad, y replicó:

—Yo no busco en este momento una cuestión de conveniencia; busco el corazón de la que según nuestras familias va á ser mi esposa. Creo tener ese derecho; creo necesario el que nos conozcamos. Hé aquí por qué soy exigente por la vez primera de mi vida.

—Para contestar, necesitaría reflexionar mucho; no puedo hoy, Carlos. Dejemos correr el tiempo. ¿Quién sabe? Hé oído decir de un modo vago que para la próxima Pascua debe verificarse nuestra boda....



La luna de hiel.

—En efecto, eso es lo convenido entre nuestros padres.

—Por lo tanto, esperemos á entónces. Es el único favor que le pido á usted. ¿Podré esperarlo?

—Para qué me conozca usted á fondo, para que comprenda los sacrificios que estoy dispuesto á imponerme por merecer su amor, me someto á sus deseos. Nada más la digo.

Ana lanzó una mirada de gratitud á su futuro esposo, y éste recogió como una promesa aquella luz divina que como una esperanza se escapaba de sus ojos.

XIX

En el que de nuevo se prueba que la parte flaca, enferma, débil, macilenta, olvidadiza, mudable, velellosa é irreflexiva de la humanidad es la mujer.

El diálogo que acabamos de escribir, diálogo colocado entre dos corrientes opuestas, entre dos nubes contrarias, si bien no dejó satisfechos á los dos que lo habían sostenido, dejó encantados á todos los demás actores y espectadores de la fiesta que se verificaba.

Aquella pareja encantadora ratificaba en aquel momento, según el concepto general, la alianza completa y definitiva que había de conducirlos paso á paso á los pies del altar.

Pedro Avellan, loco de alegría viendo á su hija tan animada, no cesaba de decirselo á su mujer, la cual, por su parte, participaba de igual satisfacción.

Los padres de Carlos Fuster, que también estaban en la fiesta, se hallaban poseídos de igual contento.

—Ya no estará pálida esa hermosa niña,—decía la mujer de don Cándido de los Ríos, mujer de tomo y tomo, á una vecina que tenía al lado.

—¿Lo dice usted por Ana?—contestaba la mencionada vecina, que por buscar la ley de los contrastes era una especie de espátula vestida de percal negro.

—¿Pues á quién quiere usted que me refiera?

—¡Ah! es verdad. Parece que los pichones saben arrullar perfectamente. Ven usted lo que es el mundo.... Acuérdome que cuando Ana era una niña amaba á un pobre chico, que, según parece, ha muerto en la guerra.

—¿Habla usted de Rafael Alvarez?

—Justamente; apenas me acordaba de su nombre.

Y del mismo modo que aquellas pichonas mujeres hablaban de Ana, otras muchas tenían idéntica conversacion.

El resultado de todo fué que, sin penetrar la verdadera situación de aquellos dos corazones, se tuvo como cosa sancionada el que los dos se habían comprendido y que se amaban á las mil maravillas.

Pedro Avellan miró triunfantemente á su mujer: ésta nada tuvo que replicar á aquella prueba tan convincente, y desde el otro día sólo se pensó en preparar todo lo necesario para la boda.

Una boda, según la frase de cierta persona que conocemos, no es un huevo que se echa á freír. Para llevarla á cabo hay que pasar por todos los trabajos de Hércules.

Lo primero de todo, cuando las familias de los futuros esposos tienen intereses, entra por las puertas el demonio de la codicia disfrazado con el nombre de patrimonio, dote, donacion, intereses ó cosa por el estilo.

Los padres de los novios pesan en una balanza lo que cada cual cede, otorga ó traspasa á su hijo respectivo. En este extraño convenio se aquilata hasta la parte más pequeña: todo esto es lógico y natural. Se trata del porvenir de los chicos, porque los chicos al día siguiente de casados no han de comer una partícula de amor, sazónada con un poco de pan y cebolla.

Desde que pasaron los tiempos clásicos y pastoriles, lo primero que se hace es garantizar, materialmente, la vida futura de los esposos, sin perjuicio de entrar luego en otros detalles de segundo orden.

Quince días duraron las entrevistas de los padres de Ana y Carlos. En estos quince días, cada cual dió como legítima anticipada muy buenas fanegas de tierra de labor, con otros aditamentos más ó menos importantes.

Las madres de ambos novios apuraban las mejores telas de las tiendas para hacer un completo *ajuar* á la novia, la cual veía todo aquello con esa indiferencia del alma que permanece inactiva en medio de tanto movimiento.

Carlos la visitaba todos los días, y cada vez se apasionaba más de ella.

Ella, por su parte, á pesar de los profundos recuerdos que mortificaban su corazón, miraba á Carlos como un amigo.

¿Qué más podía ser para ella?

Sabía que él era el destinado para ser su esposo; conocía sus elevadas prendas, sus nobles cualidades, y acaso, débil sin saberlo, se dejaba llevar por la corriente de los sucesos como una pluma se deja llevar por el viento.

Un día, su padre le participó que todo estaba *corriente*, y sólo faltaba señalar la época para la boda.

Ana se estremeció, pero no dijo nada.

Como el asunto era de una importancia extraordinaria, fue necesario tratarlo bajo todas formas y bajo todos los aspectos. Pedro quería que su hija se casase de allí á veinte días, es decir, á fines del mes de Setiembre. María objetó que para dicha época casi nada estaría preparado, y por lo tanto alargó el plazo para el día de los Santos. Pedro replicó que lo primero de todo era la salud y el contento de su hija. María volvió á replicar que Ana estaba mucho mejor, mucho más alegre, y

JESUS GRACIA
MADRID

por lo tanto, que aquella impaciencia pudiera considerarse de otro modo. Los debates entre marido y mujer duraron dos días largos. Ana entonces vino á cortarlos, diciendo que quería un poco de tiempo más, y suplicaba se señalase para la Pascua la época de su matrimonio. Ella, mientras tanto, le cobraba mayor afecto á su futuro esposo, y de este modo todo se haría con calma y á gusto de unos y de otros.

Ya sabemos lo que pesaba la voluntad de Ana en el corazón de sus padres, y desde luego se convino de que la boda tendría lugar en uno de los días de la inmediata Pascua de Navidad.

Cierto es que había cuatro meses de por medio, ¿pero que son cuatro meses en la vida?

El tiempo es rápido. Los días son como un torrente que pasa; sombras y nubes de la existencia, que se disipan á cada noche y se esclarecen á cada mañana.

Ana misma había fijado su destino; ella se había señalado la época de su olvido á todo lo pasado, y de su profunda abnegación á todo lo presente.

¿Y que otra cosa podía hacer?

Lo pasado ya no tenía remedio. Bien podía llevar en el alma el recuerdo de un amor puro, sin desviarse por eso de las exigencias de la vida. Rafael muerto, no podía volver ya al lado de la que tanto y tanto la había amado.

Rafael, reducido á polvo, no podía ser ya para Ana sino una luz escondida en el santuario de su mente.

Pero ¡ay! que esta luz se amortiguaba lentamente á medida que el tiempo, siempre insensible y egoísta, echaba capas de indiferencia sobre lo pasado.

¿Es la mujer la que tiene la condición de olvidar, ó es otro agente misterioso el que la hace olvidadiza?

Ana, arraigada á su fe, al recuerdo sangriento del martirio de su primer amante, no quería borrar los sentimientos de su alma, quería detenerlos; pero estos, como los funebres destinos encerrados en la caja fatal de Pandora, se le escapaban por entre los dedos, se alejaban, se iban, se evaporaban.

¿Podremos decir que el corazón humano tiene una afinidad prodigiosa con los accidentes de la Naturaleza? Tal vez sí. Cuando aparece en el cielo un astro más luminoso que los que le rodean, éste absorbe toda la luz.

Una cosa parecida ocurría entre Ana y Carlos. Este ofuscaba el brillo de Rafael muerto, de Rafael sepultado en tierra extraña, de Rafael perdido para siempre hacia más de cinco años.

Además, preciso es decirlo: Ana era mujer, y ya sabemos lo que significa esta palabra, la primera y la última de la humanidad.

La historia presenta pocos ejemplos de mujeres típos. A excepción de Artemisa, de Julieta, de Eloisa, de nuestra prosaica amante de Teruel, de la reina doña Juana y de alguna otra que no tenemos presente, total media docena de mujeres entre todas las mujeres, no sabemos que ninguna de ellas haya sido tan fiel que se haya muerto formalmente por un recuerdo de amor ó por un juramento de fidelidad.

Verdad es que hubo en tiempo de los cruzados una dama feudal que se hizo llevar el corazón de su amante, conservado en espíritu de vino, para verlo á cada momento; pero esto pasaba en tiempo de las Cruzadas.

¿Vaya usted hoy á encontrar mujeres de esa condición, las cuales al ver el corazón del amante, en vez de lágrimas vomitarían todo lo que tuviesen en el estómago!

Por lo tanto, Ana principió á descender por la pendiente escabrosa y horrible que el Dante nos traza para bajar al Leteo.

Ana sintió algo en su corazón.

Ana veía delante de sí la luz y la sombra, el espectro y la realidad.

Ana principió á sentir el calor de la vida más bien que el frío de la muerte.

Rafael muerto, iba tal vez á morir para siempre en su corazón.

Carlos vivo, iba á resucitar de una vez en el fondo de su alma.

Se ha dicho que la nada existe donde hay un poco de ceniza.

Se ha dicho también que la ceniza conserva algún calor de su primitiva existencia.

Si lo primero, razón tuvo el hombre que puso sobre su sepulcro estas tres palabras latinas: *Paluis cinis nihil*.

Si lo segundo, razón la tuvo también el que cantó aquella copla:

Aunque olvidarme pretendas,
no es fácil que lo consigas,
que siempre queda algún fuego
debajo de la ceniza.

XX

La Nochebuena.

Y los días pasaron, y los días vinieron, y el sol salió, y el sol se puso, y asomó el amarillo otoño con su tempestuosa corona de nubes; y pasó la feria por el pueblo de Guadix, pueblo ingrato si los hay, pero que, á pesar de todo, es el pueblo que más ama el autor de este libro. Y vinieron las vendimias para dar el último suspiro al año agricultor; y se recogieron las castañas, las nueces y los frutos de invierno; y principió á llover, y el labrador principió á sembrar; y el Norte, aire traidor y siniestro, empezó á mugir por medio de las cañadas; y luego vino el día de los Santos; y con el día de los Santos la conmemoración de los difuntos; es decir, el recuerdo de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestras esposas, de nuestros amantes, de nuestros amigos y hasta de nuestros enemigos.

Es cosa digna de estudiarse un día de éstos en Guadix. Esta ciudad tiene para la noche de los Santos treinta y nueve campanas que doblan á muerto sin cesar desde las siete á las diez de la noche.

Ana recordó á Rafael en aquella noche.... hizo más, rezo para él.

Pero pasó el día de los Santos, y el recuerdo se disipó poco á poco.

Y luego vino la época en que se celebran las honras á los Reyes Católicos; y en seguida el mes de Diciembre, el día de la Concepción, el invierno, las veladas en torno de la gran chimenea, los preparativos para la Pascua, los mantecados, los ro-cos, los mazapanes, los aguinaldos, las zambombas, los villancos, las misas de pastores, Santa Lucía, los pavos, y por último la Nochebuena.

La Nochebuena, la alegría del año; la noche clara, la noche de la dicha, la noche bendita; hé aquí lo que es para nosotros esa noche histórica, religiosa y suprema.

Y la Nochebuena era en la casa de Pedro Avellan dos veces alegre, dos veces cariñosa; á una porque era la noche en que se celebraba el nacimiento de nuestro Dios; y la otra porque era también la noche en que reunidas las familias de Carlos y de Ana debían ratificar los contratos matrimoniales de los dos jóvenes.

Chisporroteaba en la chimenea el grueso y gigantesco tronco de una encina; los criados de Pedro, alegres y diligentes acudían á todo; se cantaba, se tocaba y se bailaba. La cena que se tenía dispuesta era una verdadera cena patriarcal. Ana estaba graciosamente vestida; Carlos, prescindiendo de su costumbres cortanas, vestía un pantalón claro, un rico chaquetón de Astrakan, y un chaleco blanco de piel de cordero.

Había con las dos familias algunos amigos y convidados; no faltando, por supuesto, don Cándido de los Ríos, su mujer y las dos niñas pecosas amigas de Ana. En aquella casa tan grande y tan alegre, había luces en-

condidas desde el portal hasta la última de las habitaciones.

En la sala principal habían puesto un bonito y elegante *Nacimiento*, lleno de esas preciosas y expresivas figuras de barro, que sólo los artistas de Granada saben hacer. Allí estaba el Portal de Belén cubierto de nieve; allí el Niño-Dios en su cunita de oro; á su lado la Virgen y San José; más atrás la mula y el buey; más adelante pastores y zagalas, los unos con sus corderos, las otras con sus gallinas y sus cestas de huevos. Luego, más lejos, la montaña con torrentes de cristal y peñascos de talco; en una revuelta el tradicional ventero asomado á la ventana y negando la hospitalidad á los sagrados esposos; sobre una roca el ángel apareciéndose á los pastores, los cuales estaban muy serios y muy formales en torno de la lumbre y de una caldera donde se cuece un recental; en una hondonada un puecillo rustico y un rebaño que pasa por él; aquí un ciervo que corre, allá una liebre que brinca; en lo alto un molino de viento, y á lo lejos los Reyes Magos guiados por la resplandeciente estrella, la cual asoma por entre arcos de boj y columnatas de teja.

Tal era el precioso *Nacimiento* que Ana, por un capricho de niña, por un recuerdo tal vez de otros tiempos, había querido poner.

Delante del bonito altar, una multitud de muchachos y muchachas, hijos todos de las familias convidadas, cantaban á voz en grito tocando zambombas y panderos.

La casa de Pedro era por consiguiente una pequeña Babel.

Los dos acontecimientos de ella, esto es, la Nochebuena y la ratificación del contrato matrimonial, tenían su marcha espontánea y natural.

Del primero ya hemos dicho cuanto hay que decir; del segundo sólo debemos manifestar que se firmó el expediente con alegría de todos, y que en seguida se puso la mesa para celebrar con entera satisfacción un acontecimiento que daba nuevo ser á aquella familia.

¿Hemos dicho con alegría de todos? Pues que, preguntarán nuestros lectores, ¿en los cuatro meses que han transcurrido, se ha metamorfoseado de tal manera el corazón de Ana que ya ha olvidado todo lo pasado hasta el recuerdo del antiguo nombre de Rafael?

Difícil es contestar á esta pregunta.

Si se ha de juzgar el corazón humano por los efectos exteriores, Ana lo había olvidado todo; promesas, amor y nombre. Si se ha de sondear eso que se llama corazón, y que para nosotros es un abismo, como ha dicho muy sabiamente un poeta inglés, ya es otra cosa. Ana conservaba todo el amor hacia Rafael, como se conserva una corona de siemprevivas sobre la losa de un sepulcro. Pero Ana al mismo tiempo comprendía que, siendo imposible su amor con un cadáver, debía aceptar el amor de otro hombre digno y honrado.

Verdad es que en esto no entraba su voluntad por completo; aceptaba simplemente el contrato tan sólo por llenar los deseos de sus padres; pero ¿no se había interesado su corazón en favor del que iba á ser su esposo?

Poco á poco, sí. No era posible odiar á un hombre de las condiciones de Carlos; pero de odiar á amar como había amado á Rafael había una distancia enorme.

Ana, pues, aceptaba en conclusión el casamiento por ese afán que es innato en la mujer de no aparecer como olvidada por la humanidad. Entraba algo de orgullo en aquel enlace, y de aquí el que la veíamos contenta y satisfecha con la alegría de sus padres, de su futuro esposo, de sus amigos, de sus deudos, de sus criados y de todos.

Cierto es que á lo mejor una sorda punzada de la conciencia le hacía mirar para atrás, y entonces surgía en el fondo de su mente la sombra de Rafael, ó lanzándole una mirada compasiva ó arrojándole una

maldición; pero ella misma procuraba desvanecer estos fantasmas de lo pasado, y entonces miraba á Carlos con ternura, escuchaba de este aquellas palabras de amor que en otro tiempo habíera desechado, y se engolfaba, por decirlo de una vez, en el Océano de lo presente, para no verse perseguida y atormentada por imágenes y recuerdos imposibles.

Tal era el estado de su corazón en aquella noche venturosa.

Se hablaba de un matrimonio, el cual tendría lugar el día 23 de Diciembre, día de los Inocentes.

Y se verificaba el matrimonio en este día, porque era preciso correr las amonestaciones durante la festividad de la Pascua.

Había habido grandes debates sobre este importante asunto. Carlos y Ana se habían opuesto á esa publicidad solemne que da la iglesia á estos actos, diciendo que por medio de un *mandamiento cerrado* se conseguía el fin; pero los padres de ambos contrayentes, cristianos viejos, manifestaron que ellos se habían casado así y que sus hijos se casarían del mismo modo; que ellos habían ido al templo para recibir la bendición nupcial, y que no consentirían que el cura viniese á la casa para celebrar una boda que siempre debía hacerse en la casa de Dios.

Después de esto, todo corrió serenamente hasta el momento en que una vez tomados *los dichos* se sentaron á la mesa para celebrarlos, y celebrar al mismo tiempo la Nochebuena.

La mesa se había puesto en la cocina, que brillaba alegremente, merced al espléndido fúez del hogar y á las numerosas luces que ardían por todas partes.

Los que no conozcan estas cocinas espaciales no pueden figurarse el carácter especial que tienen. Imagínense unas paredes blancas, cubiertas de mil objetos de cobre y azofar que relumbran como astros; luego una chimenea colosal, en cuya repisa existen, colocados artísticamente, cacharros de todas formas; en los costados laterales unas *vases* que sostienen multitud de copas de cristal; debajo una balaustrada de madera con jarras de Guadix (1) encarnadas como la sangre, que tienen el perfume del bucaro, y en cuyo seno el alfarero, que conserva la remembranza del artista árabe, ha puesto mil graciosos mosaicos, con ramos, flores, peces, aves y esponjas; luego aún, más abajo, vese la cantarera, donde en cintaros encarnados también, cubiertos siempre con una blanca toalla, se conserva una agua para y cristalina, y podrán formarse una idea de lo que es una cocina de labradores ricos en la ciudad que heinos nombrado.

El cuadro no podía ser más animado.

La conversación no podía tampoco ser más alegre.

Aunque la noche era cruda y terrible, se hablaba al amor de la lumbre.

Importaba poco el ruido del viento y de la lluvia que sonaba en la parte de afuera.

(Se continuará.)

NAUFRAGIO DEL «GUADAIRA.»

En un horizonte transparente y puro ensombrecíase el astro del día derramando torrentes de luz, que iban á reflejar en las tranquilas aguas del Mediterráneo.

Hacia el Noroeste-Oeste distinguíase una faja blanquecina que se confundía con el horizonte.

Agitábanse suavemente las aguas, rizándose y formando blancas espumas, que se asemejaban á caprichosos encajes, y se desahacían para aparecer nuevamente.

(1) Estas jarras han figurado en Exposiciones nacionales y extranjeras, donde han alcanzado premios y menciones honoríficas.

La Naturaleza sonreía, y los que navegaban, al contemplar el purísimo horizonte, dejábanse llevar descuidadamente por sus naves, impulsadas, ya por el soplo del viento, ya por la incontrastable fuerza del vapor.

Descubriase el puerto de Marsella y su bellísima población, que parecía esperar cariñosamente á los que, después de un largo y penoso viaje, iban á visitarla y á rendirle el tributo de la admiración que merecen sus habitantes.

En aquel apacible día, bajo aquel cielo purísimo y sonriente, y sobre aquellas aguas, cuyos rizados parecían disputarse la satisfacción de acariciar los costados de las embarcaciones, en aquellos momentos de calma completa, de sosiego y de delicia, ¿quién había de pensar en la negra y descarnada mano de la muerte?

Los navegantes se extasiaban y experimentaban un goce sin igual al recibir en su frente los suaves besos de la fresca brisa, cuyas alas invisibles llevaba á lejanas tierras más de un suspiro de infinita ternura, de inextinguible amor.

Los que se alejaban de sus afecciones, les dedicaban un recuerdo y pronunciaban trases cariñosas, que iban á perderse en la inmensidad del espacio.

Los que se acercaban á su hogar, sonreían con satisfacción inefable.

Pensaba el uno que iba á estrechar contra su pecho, palpitante por la emoción, á su tierna esposa y á sus inocentes hijos, en tanto que otros aguardaban una sonrisa en recompensa de su amor.

Corrían otros tras el fantasma que se llama fortuna, y algún ser decrepito recordaba su juventud y comparaba sus pasadas ilusiones con sus desencuentros de lo presente.

El vapor *Guadaira*, después de haber recorrido las costas risueñas de Andalucía, de la tierra del amor, de los encantos y de los dulces ensueños, bogaba rápidamente hacia el puerto de Marsella.

El capitán Gomez extendió un brazo, y dijo:

—Allí está Carri.

Cerca del capitán encontrábase el piloto Enrique David, que después de mirar á uno y otro lado suspiró tristemente.

Su corazón se oprimía.

—¿Por qué?

No hubiera podido decirlo.

—Si estuviéramos en alta mar,—dijo el capitán al piloto,—me harías temer una desgracia con tu aspecto lugubre.

—Nunca tengo más miedo que cuando estoy cerca de la costa, y esto no lo ignora mi capitán.

—Allí está Marsella.

—Y allí un buque.

—¿Y que nos importa?

—Solo Dios lo sabe,—dijo el piloto que parecía inspirado.

El capitán le mandó alejarse para preparar el desembarque de los pasajeros de segunda clase, mientras él atendía á los de primera, y dispuso también que se diese más fuerza á la máquina.

En el buque iban algunos artistas, que sobre cubierta hablaban alegremente.

Se consideraban felices en aquellos momentos, y gozaban como gozan las almas sublimes ante el magnífico espectáculo de la Naturaleza.

Nunca se habían entregado á esperanzas tan risueñas, á ilusiones tan gratas.

Todos ellos creían ver muy cerca el fantasma de la fortuna con su blanco y vaporoso ropaje, con sus formas indescriptibles y su belleza seductora.

¡Infelices!

Enrique David no veía más que el descarnado esqueleto de la muerte; con sus concavos ojos de siniestro fulgor, su helada sonrisa y su destructora guadaña.

No se balanceaba el buque, y siempre se

encontraban á la misma altura sus costados de babor y de estribor.

La quilla dejaba una huella espumosa.

Ante su proa agitábanse también las aguas en blanquecinos borbotones.

No había que hacer más que dejarse llevar. Hervía el agua en la caldera, y al escaparse su comprimido vapor movíase la máquina con serco ruido.

Las rojas luces del horno daban un tinte extraño al rostro de los fogoneros.

No, no había ningún peligro.

Allí estaba la ciudad de las delicias ofreciendo desenso.

Si la Naturaleza sonreía, el genio del mal debía estar oculto en las entrañas de la tierra.

De repente resonó un estampido como el de cien cañones disparados á la vez.

Elevóse en espiral una columna de humo.

Una gritería espantosa se confundió con el ruido del oleaje.

La caldera de la máquina acababa de reventar.

¿Cómo había sucedido esto?

¿Acaso estaban obstruidas las válvulas de seguridad por donde podía salir el exceso del condensado vapor?

Nadie lo sabe.

Cuando la columna de humo empezó á disiparse, el buque había desaparecido.

Aquí y allá flotaron algunos cuerpos.

A Enrique David no le habían engañado sus presentimientos.

Los naufragos que habían quedado con vida empezaron á luchar desesperadamente con las olas.

Algunos estaban horriblemente mutilados, y enrojecían las aguas con la sangre que se escapaba de sus heridas.

El capitán Gomez era uno de los que se encontraban ilesos, y como buen nadador abrigó la esperanza de salvarse; pero una mujer, impulsada por las olas, acercóse al capitán asiéndose á este con todas las fuerzas del que huye de la muerte.

No quería Gomez dejar que pereciese aquella infeliz, pero si se esforzó para colocarla de manera que no le estorbare mantenerse á flote y nadar.

Entonces se entabló una verdadera lucha entre ambos, y agotadas las fuerzas del capitán sumergieronse los dos, perdiendo la vida.

Entre pasajeros y tripulantes iban ochenta y cuatro personas, que se habían embarcado en Sevilla, Cádiz, Málaga, Valencia, Cartagena, Alicante, Almería y Barcelona.

El vapor era propiedad de la compañía Segovia y Cuadra.

Adela Mugeiro y Rosa Massoti, jóvenes de veinticuatro años, iban en el buque.

Se dijo que había sucumbido también el artista Petit; pero después se ha sabido que tuvo que hacer su viaje por tierra, y á esta circunstancia debe la vida.

También se asegura que han sucumbido la señora Mariotti y las hermanas Papini.

El señor Sabatti, director de orquesta, se embarcó en Málaga, pero se detuvo en Barcelona.

Se citan otros muchos nombres de los que han perecido, pero no los consignamos porque estas graves noticias necesitan confirmación.

Gran porción de corcho iba en el buque, y á esta circunstancia debieron muchos su salvación, pues consiguieron asirse á los grandes trozos de ligera corteza y pudieron así mantenerse sobre el agua.

El buque á que antes se había referido el piloto era el *Presere*, que hacia rumbo á Berse, donde debían tener lugar las regatas de Yacht-Club.

Los tripulantes del *Presere* vieron la columna de humo y comprendieron que había sobrevenido una espantosa desgracia.

No perdieron un instante, y se dirigieron al lugar donde el *Guadaira* acababa de sumergirse.

SECCION DE ACTUALIDADES.

HISTORIA

DE LA

INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Ya habian perecido el capitán, once marineros y cuarenta y cuatro pasajeros.

Los tripulantes del paquebot francés tuvieron la satisfaccion de recoger y salvar la vida a catorce marineros y quince pasajeros de los que se encontraban sobre cubierta en el instante de la explosion.

Además recogieron algunos cadáveres.

Casi sin vida sacaron del agua á uno de los fogoreros.

Inmediatamente el *Prefere* se dirigió á Marsella.

Acudió el cónsul español, cuyos auxilios fueron de mucha importancia para aquellos infelices.

Algunas lanchas salieron del puerto y se recogieron otros cadáveres.

Las balsas de corcho flotaban en todas direcciones, y muchas han llegado á la costa, ennegrecidas las unas por el fuego y las otras intactas.

El sol continuaba brillando.

El horizonte sonreía.

Las blancas espumas hacían y deshacían sus delicados enenjes.

La poblacion de Marsella estaba consternada.

Segun las últimas noticias, parece que una de las personas que se han salvado es el piloto Enrique David, cuyos presentimientos se realizaron en tan pocos instantes.

El recuerdo de esta catástrofe no se borrará en muchos años de la memoria de los marseleses.

Todavía no es posible decir con seguridad quiénes son los que han perecido. Lo único que se sabe es que en un momento, no más que en un momento, se convirtió en astillas y fué sumergido el buque *Guadaira*.

¡Cuántos huérfanos, cuántas lágrimas en un solo instante!

El día 18 del actual se verificó el entierro de los artistas italianos que iban en el *Guadaira*. Entre las personas que formaban el cortejo fúnebre figuraba el cónsul de Italia, muchos pasajeros del *Prefere* y una comision de artistas de la ciudad. Además iban Mr. Le Cornec y Mr. Dupont, directores del teatro del Alcázar, en que los mencionados artistas debían dar algunas funciones.

Estos, los del Gimnasio y del Casino han abierto una suscripcion con objeto de celebrar unos funerales en la iglesia de San Martín por el alma de las victimas.

Mr. Eugenio Hains, consignatario del *Guadaira*, ha hecho publicar en los periódicos de Marsella una carta en que se dan las gracias á todas las personas que contribuyeron al salvamento de los desgraciados naufragos. Cita particularmente á Mr. Mary, capitán del *Prefere*, y á todas las personas que se hallaban á bordo de este remolcador; al comisario de policía que organizó los primeros auxilios al desembarcar los naufragos, y á los cónsules de España y de Italia que se encargaron de los súbditos de sus respectivas naciones.

Las tristes noticias que dejamos consignadas son cuantas se han publicado sobre esta catástrofe, que ha tenido el privilegio de ocupar la atención pública por espacio de muchos días.

¡Que Dios acoja favorablemente las almas de los infelices que han perecido!

Ha ocurrido otra terrible catástrofe marítima.

El vapor *City of Paris*, de la compañía Juman, que hacía el servicio entre Liverpool y New-York, ha zozobrado en un arrecife á la vista de las costas de Inglaterra.

El buque fué materialmente cortado en dos trozos.

El número de victimas de este espantoso siniestro se calcula en doscientos cincuenta entre pasajeros y tripulacion.

Esta semana podemos dar noticias más li-sougeras que la anterior, pues á juzgar por los partes últimamente recibidos, las facciones han sufrido golpes verdaderamente terribles en el Norte.

Tiempo era ya de que algo se hiciese, aprovechando los grandes elementos con que el gobierno cuenta; pero nuestro anhelo por la paz es tanto, que nos parece poco lo mucho que se ha conseguido.

No haremos mención de los rumores circulados estos días en uno ó en otro sentido, y que no se han visto confirmados ni nos parece que puedan confirmarse.

La facción Carasa, poco ménos que deshecha, se encaminó al puerto de Portichar, donde sus jefes desaparecieron.

La retaguardia fué alcanzada por el brigadier Primo de Rivera, y los carlistas, para huir más desembarazadamente, abandonaron en su mayoría las armas, municiones y otros efectos de guerra.

Segun los últimos partes del general en jefe, se confirma que los principales cabecillas han penetrado en Francia, y algunos de sus partidarios que los dejaron en la frontera se han presentado á las tropas del regimiento de Bailén que vigila aquella linea.

El tristemente celebre Velasco continúa perseguido por el brigadier Zorrilla.

En las Provincias Vascongadas aumenta el número de los que se presentan á indulto, y el cabecilla Zengotita-Bengoa ha sido hecho prisionero por los Voluntarios de la libertad de Vergara.

Como los restos de las partidas se han fraccionado despues de las derrotas que han sufrido, el general en jefe ha subdividido las columnas, poniéndolas en movimiento combinado para acabar pronto y de una vez con los restos de las facciones.

Repetimos que en las Provincias Vascongadas y Navarra mejora visiblemente la situación; pero no podemos decir lo mismo de Cataluña, pues sobre este punto apenas se reciben noticias.

Nos parece que en el Principado debe ser imponente el aspecto de la sublevacion, puesto que el gobierno prepara el envío de algunas de las tropas que operan en el Norte, y parece que hay tambien el propósito de que vayan casi todas las que guarnecen á Madrid.

La verdad es que Tristany no ha sufrido una derrota de verdadera importancia, y sigue paseándose por las cercanías de Manresa.

Varias columnas persiguen á este atrevido cabecilla, pero todavía no han tenido ocasion de batirlo.

En la provincia de Cáceres, otro buen sacerdote ha levantado una partida, en tanto que el cabecilla Corcho levantaba otra. Son de poca importancia, pero al fin son sublevados que distraen la atención de las tropas del gobierno y producen alarma en el país.

Parece que se ha disuelto la facción mandada por Bermúdez que vagaba por la provincia de Ciudad-Real.

Sobre el encuentro que ha dado por resultado la destruccion de la partida Carasa, escribe desde Estella un jefe militar lo siguiente:

«El mismo día 17, con diez y ocho horas de marcha, dieron vista nuestras avanzadas á la retaguardia del enemigo en Asarta, á las ocho y media de la noche, que en realidad nos impidió atacarle, viéndose obligado el brigadier á dar algun descanso á la fuerza.

A las dos de la madrugada del 18 continuamos la huella de la facción hasta el día siguiente 19, que acosada y rendida por nuestra constante persecucion, fué á dar con la columna del general en jefe, que llegó á cañonearla, pudiendo evadirse y marchar á descansar á Amuarriz, donde se hallaba el coronel Catalan con dos batallones, haciéndose por ambas partes algunos disparos que no dieron un resultado decisivo, aunque le cogieron á la facción cuarenta y cuatro prisioneros, viéndose obligada á correrse al valle de Góñi, continuando el 20 hacia la sierra de Urbasa.

Sabedor nuestro bravo é infatigable brigadier de este movimiento, dirigió el nuestro en aquel sentido por la venta de Zumbel, donde la facción Zugasti, compuesta de treinta hombres, nos hizo fuego de lo alto del monte para proteger la partida Carasa, sin embargo de lo cual tomamos la elevada é impenetrable sierra de Urbasa; y cuando apenas habíamos andado un kilómetro por su vasta llanura, nos encontramos con la brigada Palacios que, procedente de Amezcuá, subió á la sierra por el lado opuesto, habiendo chocado con la facción, no habiendo sido el decisivo por la densidad de la niebla, que impedía vernos á treinta pasos.

A pesar de todos nuestros esfuerzos no pudimos tomar nuevamente de cerca á Carasa y su gente en algunas horas, y sabiendo que iba hacia el valle de Lana le acosamos tanto, que se vió obligado á abandonar sus fuerzas á las once de la mañana, con cuya noticia forzamos más todavía nuestra marcha al paso ligero, sin embargo del cansancio de la tropa, que toda la campaña ha demostrado su bravura, logrando así alcanzar parte de la retaguardia enemiga, á la que se hizo fuego, cogiéndole cajas de municiones, máquinas de cartuchos y otros efectos de guerra, y recobrando cinco extraviados que el día anterior habia tenido la columna Palacios.

Para terminar, diré que la facción Carasa, acosada por la pertinaz persecucion de nuestra brigada, cuyo encuentro evitaba á todo trance, se ha disuelto completamente, marchándose en grupos de ocho y diez hombres hacia sus pueblos respectivos, con lo que, y habiéndose corrido aquí esta tarde la noticia de que la facción Velasco ha sido batida y dispersada en Alava, creo que la campaña ha tocado á su fin.»

En cuanto al combate sostenido por la columna del coronel Nouvilas en Arbucias, se hacen grandes elogios, calificándolo de hecho de armas brillante.

La facción, que triplicaba en fuerzas á las del ejército, ocupaba posiciones casi inespugnables en los montes, además de haberse parapetado en un solido caserio que radica en la comarca.

Despues de desalojados los insurrectos de las primeras, lo fueron asimismo del segundo, siendo tomado el edificio á la bayoneta despues de varias tentativas, en que tuvimos que lamentar algunas perdidas.

El combate se prolongó hasta bien entrada la noche, en que los carlistas se vieron precisados á huir precipitadamente, bizarramente perseguidos por nuestras tropas, que les ocasionaron considerables perdidas.

El teniente coronel señor Tomasetti resultó gravemente herido, y el mismo señor Nouvilas ha cesado en el mando del regimiento por haber recibido una herida en la mano izquierda que le impide montar á caballo.

Hay quien asegura que don Carlos de Borbón se encuentra en Uruña, poblacion situada á la falda septentrional del Pirineo.

Para que demos credito á esta noticia es menester que la veamos confirmada de una manera indudable, pues nos parece que el Pretendiente, despues de lo que hizo en Oroquieta, no habra determinado ponerse tan cerca de las tropas del gobierno.

Se añade que ha destituido á los señores

Morales, Arjona y Nocedal, y que ha celebrado con sus generales un consejo de mucha importancia, decidiendo ponerse otra vez al frente de sus desalentadas tropas.

¿Es posible que don Carlos de Borbon quiera entenderse muy de cerca con el general Moriones? Lo dudamos.

El Pretendiente servirá para presidir consejos y para escuchar cuanto sus ministros quieran decirle; pero eso de andar entre la metralla nos parece que no es de su agrado. Ciertamente que la música de los cañones crispera los nervios al menos impresionable; pero nos agradaría que el que es aficionado á que le toquen la marcha real, debería también resignarse á oír el silbido de las balas, por aquello de que debe estar para las duras el que está para las maduras, y porque algo ha de costar sentarse en un trono, que en esta época tiene tanto más valor cuanto van siendo más escasos.

Como si nos aburriésemos por exceso de paz, algunos republicanos han querido en Jerez hacer lo mismo que los carlistas en Navarra.

Aprovecharon los primeros momentos inutilizando el ferrocarril y levantando barricadas en las entradas de la población; pero fueron atacados energicamente, batidos y dispersos, y como muchos quedaron en poder de las autoridades, suponemos que la empresa puede darse por terminada.

Un cabecilla, cuyo nombre no habíamos oído pronunciar, aparece en campaña con una partida de ciento cincuenta individuos, según dicen los partes de la *Gaceta*.

¿De dónde ha salido este nuevo jefe?

¿Cómo es que nadie ha hecho mención de semejante persona?

No pueden haber sido exactos los partes insertos en la *Gaceta*, y de esto culpamos al anterior gobierno, que ocultando la verdad se hacía la ilusión de que disminuía la importancia de la sublevación.

La partida mandada por Asla ha sido alcanzada en las inmediaciones de Ubidea por el primer batallón del regimiento del Rey y una sección de húsares de Pavia.

A los primeros disparos se dispersaron los facciosos, dejando en poder de las tropas del gobierno dos prisioneros, dos caballos y algunas armas y municiones.

El general Acosta consiguió también dar alcance más allá de Apasamonasterio á la facción Velasco, que también se dispersó, huyendo en grupos y en distintas direcciones.

Se les cogieron diez prisioneros, algunas armas y dos carros con las raciones que no habían tenido tiempo de repartir.

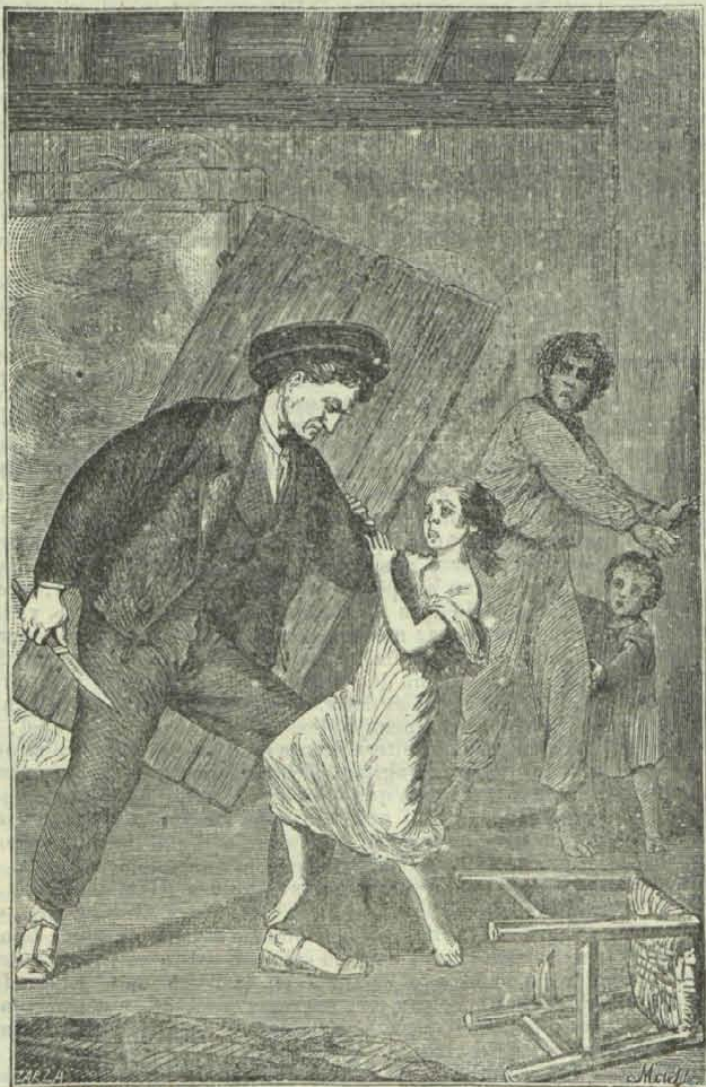
De los partes oficiales resulta también que el brigadier Salcedo persigue activamente á las facciones de Aspe y Goisicua, que se dirigen hacia Aulestia.

Tampoco teníamos noticias de estos dos jefes.

Iturralde y Carrion recorren la provincia de Alava por la parte de Cuartango, donde también se encuentra Valderrama, pero son pocos los individuos con que cuentan y se ven acosados por las columnas del ejército.

Siguen presentándose á indulto algunos facciosos.

CAUSAS CÉLEBRES.



—¡Ah! ¿Eres hija de ese hombre?

—Sí, sí; pero por Dios, tío, no me mates (pág. 127).

En Garsan se han visto diez y seis hombres que se dirigían al puente de Artesiaga. Otros cuarenta ó cincuenta marchaban hacia Belambe, preguntando por el camino de la frontera, que tenían muy cercana. Se supone que pensaban internarse en Francia por los Alduides.

Repetimos que nos parece bien el nuevo sistema adoptado por el general Moriones en vista del fraccionamiento de la facción.

La mandada por Tristany se halla en la provincia de Barcelona perseguida por tres fuertes columnas.

Algunos facciosos se han presentado á indulto en la provincia de Tarragona.

Pocas son las noticias que tenemos de Cataluña. Las esperamos con ansiedad, si bien nos tranquiliza el haber sabido que por ahora no se enviarán más tropas al Principado, lo cual prueba que la insurrección no tiene allí toda la importancia que hemos supuesto.

Una de las partidas que vaga en la provincia de Cáceres ha sido alcanzada y dispersada en Retamosa por una columna del regimiento de Asturias.

En Santibañez el bajo, también de la misma provincia, se alteró el orden, haciendo armas algunos vecinos del pueblo contra siete guardias civiles. Salieron fuerzas de Plasencia y el motín quedó sofocado. Dos de los revoltosos fueron heridos y hay varios presos.

Las partidas de Guijo, de Granadella y de

Deleitosa continúan perseguidas por la guardia civil.

Son de gran importancia las noticias de Galicia, pues la partida que se levantó en la provincia de Orense se ha internado en Portugal por la parte de Castrolaboreiro.

La partida de Suarez ha sido batida.

En Peralvillo, provincia de Ciudad-Real, fué alcanzada una facción, cogiéndole cuatro prisioneros, dos caballos y algunas armas.

Hé aquí lo que sobre las provincias Vasco-Navarras dice el corresponsal del *Diario de Zaragoza*:

«PAMPLONA 24 de Junio de 1872.—Señor director del *Diario de Avisos*.—Mi estimado amigo: Se ha confirmado la noticia de la desaparición de los principales jefes carlistas. Carasa andaba anteayer muy apurado por estar muy guardados los puntos de la frontera y no poder por ningún lado penetrar en Francia.

Al mediodía de ayer entró en esta ciudad la brigada Ceruti, que esta madrugada ha vuelto a salir, sin que se sepa con seguridad en qué dirección.

A pesar de ser ayer el primer día de indulto concedido por el general Moriones, se asegura que son muchos los carlistas acogidos en varios puntos.

Aquí es general la creencia de que la insurrección carlista ha terminado; pero el general en jefe, para concluirla de veras totalmente, parece que organiza sus fuerzas de manera que combinadas todas den una batida general en las Amezcuas, á fin de que no quede ningún grupo rezagado.

Por las presentaciones efectuadas se confirma lo que varias veces dije á usted de que la mayor parte de los sublevados procedían de la Solana.»

Como estos días han hablado mucho los noticieros de motines en Badajoz, nos parece conveniente copiar lo que sobre este punto dicen algunos periódicos:

«Nos escriben de Badajoz dándonos de los sucesos de aquella plaza noticias que no nos parece prudente publicar.

Sólo diremos que nuestro corresponsal califica el hecho de que ya tienen conocimiento nuestros lectores de nueva *escudada*, y que de resultados de ella están presos un paisano, varios sargentos y un oficial.

Veremos lo que dicen los diarios liberales, y tal vez nos expliquemos otro día con más claridad.

El suceso ha causado tal indignación aun entre los liberales que, según se asegura, la Tertulia progresista acordó prohibir la entrada en su Casino al oficial que dolorosamente se prestó á ser jefe de la supuesta conspiración y se jactaba públicamente de haber desempeñado semejante papel.»—(*El Pensamiento Español*.)

«Como verán nuestros lectores en otro lugar, en Badajoz ha tenido lugar otra *escudada*, habiendo sido esta vez, según nuestro corresponsal de aquella ciudad, un oficial del regimiento de Asturias, llamado Terán, el encargado de asistir á las reuniones y conferencias de los carlistas y de conducir al jefe que debía ponerse al frente del movimiento á presencia de su coronel, entregándole en el cuartel.

El señor Leon y Gragera, que era el jefe de la conspiración, es uno de los más ricos propietarios de Extremadura, y fue coronel carlista en la pasada guerra civil.

Lamentamos que en el ejército español haya quien se preste a desempeñar tan malos papeles; debemos, sin embargo, asegurar, en honor de los que visten el uniforme, que la oficialidad del citado regimiento mira con el desdén que se merece al desgraciado autor de tan censurable acción.

Han sido presos varios oficiales de caballería y otros de las demás armas; el vecindario no ha tomado parte alguna en un proyecto que le era completamente desconocido. —(El Eco de España.)

Nos felicitaremos si la siguiente semana podemos decir que la rebelión ha concluido.

CAUSAS CÉLEBRES.

JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTÍN,

POR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

(Continuación.)

Para describir esta escena de horror es preciso hacerlo, digámoslo así, por secciones. Las escenas de sangre que tuvieron lugar en aquella casa fueron simultáneas; pero nosotros, para hacerlas comprender, necesitamos narrarlas una por una. De otra manera resultaría un cuadro confuso, incomprensible para la generalidad de los lectores. La falta de cohesión, de vigor ó de verdad que pueda tener nuestro trabajo, debe suplirlo la imaginación del que lo lee, porque hay episodios en la vida real de una descripción imposible. Tales es el que nos ocupa en este momento. Muchas de sus escenas tuvieron lugar en menos tiempo del que podemos emplear para referirlas, y no otros no podemos aglomerar los epítetos, las blasfemias, las maldiciones, las frases escandalosas ó impías que acompañaron á tan terrible drama, y que no podrían ménos de contribuir, con el fuego y con el hierro, á dar al cuadro su más repugnante colorido.

XX

Mientras José subía, alumbrado únicamente por el resplandor del incendio, la escalera que conducía á las habitaciones altas en busca de Dominguez, Felipe había penetrado en una pieza de la planta baja, buscando también á su primo para sepultar en su corazón el acero homicida.

En esta habitación, próxima á la escalera, halló á una mujer en camisa, desalada y loca, joven aún, pálida como un cadáver, y con el cabello abundante y hermoso, cayendo desordenado sobre su espalda.

Esta mujer era Isabel Martín, la esposa de Francisco Dominguez, la prima hermana de los Pardos.

La infeliz, viendo que ningún vecino acudía á socorrerla, había encerrado á dos de sus niñas en una de las habitaciones altas, y había bajado para suplicar á los asesinos su perdón, que en su ciego encono no podían concederla.

La desgraciada, al ver á Felipe, sus ojos se reanimaron algun tanto, sin duda porque para ella Felipe no era tan duro de alma como José; y abrazándole materialmente, le dijo con acento entrecortado:

—¡Por Dios y por María Santísima, y por la sangre que te corre por las venas, no mates á mis hijas. ... no las mates! (1)

—Yo no te reconozco por de mi sangre, —la dijo Felipe rechazándola.

—¡Oh! sí.... sí.... Felipe.... Soy inocente.... mis hijos son inocentes.... Francisco es también inocente....

—¡Inocente!.... ¿Dónde está ese bribón? No puede vivir, no queremos que viva.

—¡Oh! ¡por Dios!.... por Dios!

—No hay compasión.... El ha querido perdersenos, y nos ha perdido; pues bien, caera con nosotros.... caeréis todos.... todos.

Y en su delirio alzó el puñal, que se hundió en el seno de la pobre mujer.

Isabel lanzó un grito de dolor y retrocedió, pretendiendo huir. Felipe la asestó otro golpe en el cuello, y la desgraciada vaciló, pero aún pudo tenerse de pie. De sus dos heridas brotaban dos anchos raudales de sangre, pero su ánimo esforzado no le había abandonado aún.

—¡Oh! ¡perdon.... no me mates.... no me mates!....

—Sí, tienes que morir como todos.

Y otra vez el acero fué á desgarrar las carnes de Isabel, de cuya frente, abierta por una ancha herida, salió otro río de sangre que nubló sus ojos y la hizo caer en tierra.

Entonces comenzó en aquella estancia, casi al pie de la escalera, una lucha infernal y nauseabunda entre aquel hombre, que había perdido indudablemente la razón, y aquella mujer moribunda que quería incorporarse para defender á sus hijas, cuyos gritos de socorro herían su pecho y desgarraban sus entrañas más que el acero homicida. Pero Felipe, ciego ya, no veía nada, y su brazo, armado con el puñal, caía y volvía á caer sobre Isabel como los mazos de un bann movido por agua, es decir, con golpes uniformes, repetidos, incansables.

Isabel, bañada literalmente en sangre, ya no hacía más que agitar los brazos sin orden ni concierto, hasta que concluyó por no moverse. No por esto cedió la saña de Felipe, porque aún después de que la inmovilidad de su prima le indicó sobradamente que había dejado de existir, continuó sus golpes hasta que las fuerzas le faltaron.

Entonces se incorporó pasándose las manos por la frente. De su pecho salía un sordo rugido como el que anuncia en la boca del cráter de un volcán una próxima erupción, y sus miembros, rígidos y tiesos, le asemejaban á una estatua de la venganza más que á un ser humano. El resplandor del incendio, que cada vez iba adquiriendo mayores proporciones, le coloreaba siniestramente, y las manchas de sangre que cubrían su vestido le daban un aspecto horrible.

De pronto, un objeto cayó á sus pies desde lo alto de la escalera chocando contra el suelo, y casi en seguida otro.

Felipe retrocedió aterrado instintivamente, pero instintivamente también se inclinó para mirar aquellos dos bultos, y á la luz del incendio vió que eran dos cadáveres ensangrentados. ¡Los cadáveres de Isabel y de María Rodríguez, de doce años la primera y de dos y medio á tres la segunda!

La vista de la sangre embriaga como el vino. Felipe Pardo, en vez de aterrarse, se sonrió cruelmente, exclamando con salvaje acento:

—¡Oh! ¡fama quedará para siempre de esta noche!.... ¡Bien nos vengamos, bien!

Y fué á subir al piso alto, cuando vió que su hermano bajaba precedido de un hombre que Felipe no conocía.

Pero antes de proseguir, retrocedamos un momento para saber lo que había hecho José desde el instante en que se separó de su hermano.

XXI

Cuando José se separó de su hermano para buscar á Dominguez por las habitaciones de la planta alta, mientras el Felipe registraba las interiores, lo primero que se encontró fue con la puerta cerrada de una habitación en la cual creyó haber oído suspiros y lamentos. No dudando que había encontrado lo que buscaba, es decir, que Dominguez se había encerrado en aquel cuarto para li-

brarse de las iras de sus enemigos, llamó á la puerta violentamente, pero nadie le contestó.

Sin embargo, sus golpes acabaron de vencerle que en la habitación había gente, porque oyó llorar en ella á dos niñas, y creyó percibir la voz de un hombre que las mandaba callar, sin duda para no ser descubiertas. Oír esta voz y comenzar á golpear la débil puerta fue obra de un instante; y al fin, como no podía ménos de suceder, la puerta desquiciada dejó ver el interior del cuarto, y en él á un hombre y dos niñas, que temblaban retirados al extremo opuesto de la entrada.

Al resplandor de las llamas que cubrían la parte exterior de la ventana, José Pardo divisó este grupo, y sin detenerle el espeso humo que casi llenaba la habitación, avanzó hacia el hombre que había creído ser el Dominguez, pero se detuvo al reconocerle.

Era Juan Urquizar Carrascosa, el criado de Francisco Dominguez.

El infeliz, que como sabemos había declarado también contra los Pardos en la causa por el asesinato de Igualada, no ignorando que el propósito de estos era vengarse de todos los que habían depuesto en contra suya, creyó que había llegado su última hora, y el terror ahogó la voz en su garganta y sus piernas se negaron á sostenerle. Por su fortuna, los Pardos no le habían conocido, y á esta circunstancia casi providencial debió únicamente la vida.

Isabel, la hija mayor de Dominguez, al ver á aquel hombre con un cuchillo en la mano, comenzó á exhalar alaridos horribles, en tanto que Urquizar, trastornado por el terror, terror bien justificado, habíase retirado á un ángulo de la habitación y levantaba las manos al cielo sin fuerzas ni aun para pedir socorro.

María, el pobre angelito de tres años, lloraba, también asustada, y pretendía esconderse entre las piernas de Urquizar.

El cuadro no podía ser más terrible; todo contribuía á aumentar su lugubre colorido, la hora avanzada de la noche, la luz y el humo del incendio, la tierna edad de aquellas criaturas, el aspecto feroz de José, que lo mismo que su hermano se hallaban en ese paroxismo de la ira que embriaga con las bebidas alcohólicas, el aspecto de Urquizar, los lamentos de la pobre familia de Alcaucin, lamentos que penetraban hasta el corazón, todo, en fin, daba al cuadro un carácter tan terrible, que con dificultad podrá imaginarse otro que le sobrepuje en horror.

Hay, preciso es conocerlo, en la vida real escenas que la imaginación no puede concebir, escenas que el escritor no puede referir con el alma serena, y que llegan á impresionarle tanto como si hubiera sido actor ó testigo de ellas. Por nuestra parte no titubeamos en decirlo; nuestra pluma vacila en este momento, y nuestro corazón late con más fuerza que de costumbre; figuráscenos que estamos presenciando este episodio, que oímos los lamentos de las víctimas, y no podemos concebir cómo pudieron consumarse aquellos asesinatos. ¿Es posible que el hombre llegue á tal grado de exaltación? ¿Cabe en la mente humana tal trastorno y en el corazón tanta crueldad?

¡Ah! sí, sí.... el proceso nos lo revela, nos lo dice con su fría e innegable lógica; en él pueden contarse hasta los suspiros de las víctimas.... no podemos negarlo. El hombre puede llegar por el camino del mal hasta el delirio, hasta lo imposible, hasta lo absurdo; sólo el entre todos los seres de la creación emplea su inteligencia en la destrucción de sus semejantes; sólo el aniquila, aunque no sea atacado, aunque no necesite defenderse.

¡Físte y desconsoladora verdad! . . . Continuemos.

(1) Históricos estos detalles.

José Pardo se dirigió á Isabel, y cogiéndola violentamente de un brazo la dijo con una voz que no parecía la suya:

—¿De quien eres hija, di? ¿Quién es tu padre?

—Francisco Dominguez.—respondió la pobre criatura con entrecortados sollozos.

—¿Ah! ¿Eres hija de ese hombre?

—Sí, sí; pero por Dios, tío, no me mates.

—¡Desgraciada!—gritó José como si al levantar su mano para hierirla obedeciera á una fuerza más poderosa que su voluntad;—eres

hija de ese hombre, y dices que no te mate....

—¡Oh! no, no; es preciso acabar con toda esta familia.

Y al mismo tiempo de pronunciar estas palabras levantó el brazo, é Isabel lanzó un grito de dolor y agonía. La pobre criatura cayó al suelo; y derribada, el acero homicida volvió á ensañarse en ella.

En seguida José se aproximó á Urquizar y sacó materialmente de entre sus piernas á la otra niña de tres años, que no podía hacer más que llorar, y otro grito de agonía se oyó en la habitación.

El ángel había volado al cielo.

(Se continuará.)

SECCION FESTIVA.

Se examinaba de botánica un chico, y le preguntó el profesor.

—¿A qué familia pertenece el romero?

—A una familia pobre, pero honrada.—contestó el chico.

Willian Horse, natural de Liverpool,

de cinco pies y diez pulgadas de estatura,

peso nueve arrobas, y que levanta diez en cada mano, desen borear con un hombre de puños, magullarle á puñetazos ó ganarle mil libras esterlinas. Ha hundido el esternon á quince atletas, ha vaciado treinta ojos y ha levantado diez jorobas. Se sirve de la mano como de un martillo para machacar barras de hierro, hunde cráneos de sola una palmada y se compromete á abrir puertas con la frente. Al apretar la mano de un amigo la arrancó sin querer de la muñeca; y lleno de amargura por estos sucesos, quiere descargar su ira en el primer competidor que se presente.

Darán razon en el hotel de Londres.

El «trousseau» que el emperador de la China acaba de regalar á su esposa está

valuado en millon y medio de libras esterlinas, unos cuarenta y dos millones de reales.

Este sí que es lo que llaman las andaluzas un real nocío.

Se examinaba de latin un muchacho que no lo habia estudiado. Un tío suyo, que formaba parte del tribunal le habia dicho:

—No tengas miedo y mirame á cada pregunta, que yo te indicare de una manera ó de otra lo que debes contestar.

Preguntado por uno de los examinadores qué significaba la palabra *ego* (yo), miró á su tío que estaba dándose repetidos golpes en el pecho, y contestó lleno de satisfaccion:

—El chaleco de mi tío.

Coincidencia del número 2. El segundo día, del segundo mes, del segundo año, de la segunda mitad del siglo (2 de Febrero de 1852), un martes, segundo día de la semana, á dos horas antes del mediodía, un cura llamado Merino, de edad de sesenta y dos años, dió dos puñaladas á Isabel II al venir de la capilla real de presentar á su segunda hija de edad de dos meses.

Isabel II tenia veinte y dos años; el cura Merino habitaba en la calle del Dos de Mayo, número dos, piso segundo, y fué ejecutado el día veinte y dos de Febrero de mil ochocientos cincuenta y dos á las dos de la tarde.

Un cura de un pueblo participaba desde el púlpito á su auditorio el sacrilegio que se habia cometido en aquella iglesia robando los candeleros que habia en el altar mayor.

El padre cura repetia con frecuencia:

—¿Quien sera el que habrá robado los candeleros? ¿quién los habrá robado?

—Yo lo sé, padre,—dijo un muchacho de corta edad.

—¿Quien ha sido, hijo mio? Dilo, que de esa boca de ángel sólo puede salir la verdad. Dilo.

—Los ladrones....

Entra un hombre en una librería y pregunta al librero:

—¿Tiene usted *Los Doce pares de Francia*?

—Sí señor.

—¿Cuánto valen?

—Cincuenta reales.

—Es mucho. Deme usted seis y tome veinticinco reales.

Un ladrón fué cogido infraganti cerrando una puerta con dos pistolas en los bolsillos.

—¿Para qué lleva usted las pistolas?—le preguntó el juez;—¿sin duda para añadir el asesinato al robo?

—No señor,—contestó el reo;—las llevaba porque como por la noche anda tanto ratero....

Una compañía de la legua representó una vez el *Otelo* en un pueblo de la Mancha.

El actor que habia desempeñado el protagonista, y que declamó su papel á medias con el apuntador, se adelantó al público despues de la representación, y dijo:

—Señores, mañana tendremos el honor de poner en escena *El Filósofo sin saberlo*.

—No lo consentiré,—exclamo furioso el alcalde.—Acaba usted de ejecutar el *Otelo* sin saberlo, y mañana deberá usted saber *El Filósofo* para representarlo.

Un gascon que habia vivido en Rusia ponderaba la exactitud del servicio de todos los ramos en este país.

—Señores,—decia,—un empleado de telégrafos se equivocó en una ocasion, y temeroso del castigo se ahorcó en la torre de señales.

¿Qué sucedió? Que los que servian las otras torres tomaron esto por una señal telegráfica y se ahorcaron todos desde Varsovia á San Petersburgo.

Un caballero recibió dias atras un criado nuevo, y estaba muy satisfecho porque al preguntarle si habia mudado muchas casas le aseguró el mozo que en la última colocacion que tuvo habia permanecido diez años.

Poco despues averiguó el caballero que la colocacion habia sido en el presidio de Cartagena.

Un jóven elegante, de veintiun años, pelo negro, esperanzas de bigotes y patillas, de seis pies de altura, manos y pies magníficos, que son objeto de admiracion universal, desea encontrar una jóven de diez y nueve años, de altura de seis pies, ojos azules, tez colorada, cabellos rubios y buenos principios. No se repara en dinero; lo que se quiere indispensablemente es un corazón amante.

Un corazón que ha-ta ahora haya permanecido insensible, es sin duda el que podrá agradar al anunciante.

Se ha entablado recientemente en Londres,—segun cuenta un periódico,—un pleito de los más curiosos por los herederos de un banquero millonario, el señor Carlos D... .. contra la sociedad inglesa protectora de los animales.

El señor D... .. ha dejado por testamento toda su fortuna á la referida sociedad. Segun

dice el *Figaro*, los herederos pretenden que ha habido captacion. Parece que la razon en que se fundan es que el difunto creia en la metempsicosis y estaba en el convencimiento de que despues de su muerte se convertiria en caballo ó perro. Ciertos individuos de la sociedad, estimulando su mania, le habian prometido reconocerle bajo su nueva forma en ciertas señales que él les haria con la cabeza, y que le darian la avena más escogida si se convertia en caballo, y los alimentos más apetitosos si en perro.... bajo la condicion de que legase sus millones á la sociedad.

Un buen hombre fué á casa del cura de un pueblo con objeto de examinarse de doctrina cristiana.

El cura le recibió afablemente, y le mandó sentar; pero aquel se resistia á sentarse, porque el señor cura estaba en pié.

—Hombre,—le dijo el cura,—séntate, yo estoy en mi casa, y puedo estar sentado ó de pié, como me dé la gana.

Empezó el examen, y le preguntó:

—¿Dónde estaba Dios ántes de la creacion del mundo?

—Estaba en su casa.

—¿Y qué hacia?—preguntó el cura.

—Estaba sentado, ó de pié, como le daba la gana.

—¿Hombre! ¿dónde vás con ese reвольver en la mano?

—Déjame, que lo voy á matar.

—¿A quien?

—A aquel señor que pasa por allí.

—¿Pero por qué?

—Porque es el hombre que más daño me ha hecho.

—¿Pues qué te ha hecho?

—Darme dinero para que pudiera casarme.

—Compañeros, ¿adónde me llevais?

—Al campo santo.

—¿Por qué?

—Porque estás muerto.

—¿Cómo he de estar muerto si os estoy hablando?

—¡Calla, bruto! ¿Pues no quiere saber más que los medicos?

Hallábase un periodista de visita en una casa, y rodando la conversacion sobre el periódico que escribia, y del que estaba un número sobre la mesa:

—¿Cómo!—preguntó un caballero que se hallaba presente, hojeando á la vez el periódico;—¿escribe usted aqui?

—Si señor,—contestó aquél;—ese primer artículo es todo mio.

—¿Caramba!—repuso el caballero mirándole con la mayor atencion,—¿qué letra tan clara y tan redondita tiene usted, si parece de imprenta!

CHARADA.

Mi primera y mi segunda es una flor delicada que con su aroma el aire en primavera embalsama. Muy cerca de Madrid tienes á mi tercera y mi cuarta, y la tienes en Sevilla y en muchos sitios de España, siempre en movimiento y siempre brillando como la plata. Mi todo está en buenas manos, pues que son manos cristianas: es de coral ó madre-ra, de vidrio ó cualquiera pasta, tiene oro, plata ó cobre, y alguna cosa que es santa.

Solucion á la charada del número anterior.

PANTALON.

